

La encíclica *Mediator Dei* y la doctrina eucarística

Dr. Wolfgang Gr^{af}

1. La encíclica en vísperas de su 50.º aniversario

En 1977, la redacción de la revista *Communio* mantuvo una entrevista con el cardenal Ratzinger sobre el tema

: «¿Es la liturgia modificable o inmutable ?²». La redacción decía: «Si quiere pensar en esto: 1947, *Mediator Dei*, la encíclica de Pío XII; y menos de veinte años después, la reforma. En veinte años, un deslizamiento de tierra silencio ux...³». La encíclica le parecía, pues, el ejemplo típico de un texto que había quedado superado por la evolución que había experimentado la Iglesia.

Tal era la valoración formulada treinta años después de la encíclica. Y esta valoración se justifica hoy en día en gran medida, ahora que nos acercamos a su quincuagésimo aniversario.

Pero esta encíclica no es el único texto que ha sido cuestionado. En la página siguiente, el cardenal Ratzinger constata también: «Aquí también, el concilio ha quedado sencillamente superado», hasta el punto de que se pregunta «si, después de todo, sigue existiendo un rito latino. »⁴ En el momento de esta entrevista, ya habían transcurrido catorce años desde la adopción de la *Constitución conciliar sobre la liturgia*.

Por lo tanto, no parece inútil retomar el texto de Pío XII y reflexionar sobre sus principales enseñanzas, al tiempo que se tienen en cuenta algunos elementos de su historia y algunos de sus efectos. Esa es precisamente mi intención hoy, y, por otra parte, no se podría hacer más en el estrecho marco de una ponencia.

2. A propósito de las razones por las que se escribió la encíclica

2.1 El movimiento litúrgico

En muchos aspectos, se puede considerar la encíclica *Mediator Dei* como una reacción contra ciertas orientaciones del movimiento litúrgico que se había desarrollado, desde principios del siglo XX, principalmente en Francia y Alemania, pero también en algunos países vecinos como Bélgica. El objetivo de este movimiento era llevar a los católicos a participar de manera más profunda en la celebración de la liturgia. Esta *participación* debía derivarse de una mejor *comprensión* de la liturgia y de un mayor conocimiento de su *historia*.

¹ Conferencia pronunciada en el II Coloquio del C.I.E.L., octubre de 1996.

² Cardenal Joseph RATZINGER: *La Célébration de la foi*, Pierre Téqui éd., París 1995, pp. 77 y ss.

³ *Ibid.*, p. 81.

⁴ *Ibid.*, p. 82.

Este movimiento tendía a considerar normativo lo que se creía saber de la Iglesia primitiva. Para resumir lo que se ha denominado la «teoría de la Antigüedad cristiana», Josef Andreas Jungmann, SJ, una de las figuras más importantes de este movimiento y que siguió ejerciendo una influencia activa tras el concilio, escribía en 1970: «Es la comunidad reunida para la Eucaristía la que presenta las ofrendas sagradas en el cuerpo y la sangre de Cristo .⁵»

En esta frase se observan varios conceptos clave: el acontecimiento, que se denomina «Eucaristía», la «comunidad», que por lo demás aparece como activa, y la presentación del cuerpo y la sangre de Cristo «en» las ofrendas sagradas. En un contexto católico más amplio, esta frase parecería dogmáticamente correcta y pasaría desapercibida.

Sin duda, así es como la percibieron muchos de los que se adhirieron al movimiento litúrgico. Los «puntos de ruptura» no se manifestaron hasta más tarde. Para la mayoría de los autores, el sentido de la fe católica, pero también quizá, en algunos casos, la preocupación por el imprimátur, hicieron que, al principio, las desviaciones fueran mínimas.

Y es, paradójicamente, en el comentario del famoso *Lexicon für Theologie und Kirche*, a propósito de la *Constitución conciliar sobre la liturgia*, donde Jungmann precisa su reflexión: «Los intentos de reforma del siglo XVI», en los países germanófonos, «se retomaron... hacia principios del siglo XVIII .⁶ » Esta referencia a los reformadores litúrgicos de la Ilustración, al estilo Wessenberg, va acompañada de una fuerte crítica a la época postridentina. «La tensión entre la teología postridentina y *el Ordo missae* transmitido por la antigua tradición se había vuelto demasiado grande : por un lado, los procesos de pensamiento aún sencillos, recibidos con gratitud y alabanza de la época de los Padres de la Iglesia, que se contentaban con un simple «nosotros» para presentar las ofrendas y pedir a Dios que las recibiera y las bendijera; por otro, las concepciones siempre nuevas de una teoría de la destrucción [*como marca de una víctima - N.D.L.A.*], que ya no veía más que el «proceso de transubstanciación.⁷» «Ya no es solo la lengua latina la que se ha vuelto ajena al pueblo cristiano, sino toda la forma esencial de la piedad de la liturgia romana». Para Jungmann, la piedad popular «se orienta mucho más hacia las mediaciones secundarias que hacia el misterio de Cristo .⁸»

⁵ Josef Andreas JUNGSMANN: *Messe im Gottesvolk. Ein nachkonziliarer Durchblick durch Missarum Sollemnia*, Friburgo de Brisgovia, 1970, pp. 7 y ss. En esta obra, se refiere a Charles RUCH: «La Misa según los Padres hasta san Cipriano», en *DThC X* (1928), 963.

⁶ JUNGSMANN, en: *LThK* 12, p. 10. De hecho, para Jungmann el «punto de inflexión decisivo» fue el discurso pronunciado por Lambert Beauduin en 1909 durante el *Katholikentag* de Malinas.

⁷ JUNGSMANN, en: *Messe*, p. 7.

⁸ JUNGSMANN, en: *LThK* 12, p. 10.

Por supuesto, hasta el final del pontificado de Pío XII, lo que se escribía era más moderado, y es cierto que muchos no compartían estas ideas; sin embargo, hombres como Odon Casel, Romano Guardini o Pius Parsch, por citar solo a tres autores germanoparlantes, empleaban fórmulas a veces ambiguas, que fueron radicalizadas por algunos de sus sucesores.

Los vínculos que se establecieron entre diferentes países también datan del periodo de entreguerras. Así, el movimiento juvenil de Burg Rothenfels fue un terreno ideal para los esfuerzos que desplegaba el P. Doncoeur con vistas a utilizar la liturgia como pedagogía, lo que le convirtió, quizá inconscientemente, un precursor del desvío de la liturgia hacia fines antropocéntricos.⁹ La publicación de revistas y la creación de colecciones de libros —pensemos en particular en la fundación, en 1932, de la editorial Éditions du Cerf— permitieron reforzar el movimiento litúrgico tanto en su difusión como en su organización.

La toma del poder en Alemania por los nacionalsocialistas, en 1933, no interrumpió el movimiento litúrgico. Al contrario, al verse reducidas, si no suprimidas, las posibilidades de acción en los ámbitos político y social, en las asociaciones, en el periodismo y en las escuelas, la actividad se trasladó, a modo de compensación, al ámbito de los asuntos internos de la Iglesia —donde apenas existían obstáculos— y, en particular, a la liturgia.¹⁰ Las experiencias litúrgicas que tuvieron lugar entonces en Rothenfels y en otros lugares, entre las que cabe citar, tanto en Alemania como en Francia, la celebración de cara al pueblo y el uso de la lengua vernácula, desencadenaron reacciones que, a través de los libros, llegaron también al gran público.¹¹

2.2 La «tregua»

Sin embargo, casi todos los interesados deseaban evitar las disputas públicas, dentro del catolicismo, ante los ojos del Estado nacionalsocialista. A diferencia del protestantismo, desgarrado e incluso dividido, la Iglesia católica en Alemania presentó, frente a las persecuciones nacionalsocialistas, un frente común notable. Los obispos deseaban por todos los medios mantener esta solidaridad frente al exterior. Incluso aquellos que criticaban los experimentos litúrgicos deseaban esta solidaridad y, en particular, la homogeneidad de la liturgia. Correspondería a los obispos mantener esta homogeneidad. Y, de hecho, se encargaron de ello: en 1940, crearon un «departamento

⁹ *Los orígenes del C.P.L. 1943-1949*, R.P. DUPLOYE, p. 338.

¹⁰ «Le Mouvement liturgique en Allemagne», J. WAGNER en *La Maison-Dieu* n.º 25, 1951.

¹¹ A través de obras como *Irrwege und Umwege der Frömmigkeit* de Max KASSIPE y *Sentire cum Ecclesia* de DOERNER.

«litúrgica» de la Conferencia Episcopal, asistida a su vez por una «comisión litúrgica .12»

Sin embargo, y esto era lo esencial, los expertos del movimiento litúrgico ocupaban puestos clave en estos organismos. El relator de la Conferencia Episcopal para las cuestiones litúrgicas era Mons. Albert Stohr, obispo de Maguncia —un amigo de Guardini. La propuesta había sido formulada por monseñor Simon Conrad Landesdorfer, OSB, obispo de Passau, quien colaboraba con Stohr en nombre de la Conferencia Episcopal .¹³ Ya el año anterior, durante una reunión en Fulda en 1939, Landesdorfer, pero también Guardini y el P. Josef Andreas Jungmann, se habían revelado como las fuerzas motrices del movimiento.

Una larga carta dirigida en 1940 por Guardini a monseñor Stohr es representativa de la valoración que hacía de la situación, así como de la forma en que logró ejercer influencia sobre el episcopado y el pueblo católico .¹⁴

Guardini aborda en este texto cuatro actitudes erróneas que revisten importancia en materia litúrgica: el liturgismo, el practicismo, el diletantismo y el conservadurismo.

Para Guardini, «el *liturgismo* es la tendencia a otorgar a la liturgia una importancia que no tiene. 15» Este error se produce cuando se empieza por subestimar lo que es importante, para luego redescubrirlo y, finalmente, sobreestimarlo. Así es como la liturgia llega a ser «a menudo considerada como la vida religiosa cristiana-católica propiamente dicha e16», la comunidad monástica, completamente aislada de la realidad, se presenta como el modelo de comunidad. Esta concepción forzada y exagerada se caracteriza por un «modo de pensar y una sensibilidad claramente estética 17» que, en definitiva, va en contra tanto de la piedad popular como de la personal y no hace más que acentuarse con la «generación de los discípulos».

Para Guardini, otro error, de sentido opuesto, es el «*practicismo*». Este «quiere ayudar a los hombres a asumir las condiciones de la vida moderna desde una perspectiva cristiana»; así es como «ha trasladado lo esencial de la actividad pastoral a los ámbitos de la organización y la pedagogía»... Al hacerlo, «a menudo ha ignorado la esencia de la vida religiosa, su sentido interno y

¹² Véase JUNGSMANN: *LThK* 12, p. 11.

¹³ Véase el informe sobre este punto de Johann WAGNER, que posteriormente fue director del Instituto Litúrgico de Tréveris, en el número 25 de *La Maison-Dieu*, 1951.

¹⁴ Se han recogido amplios extractos de esta carta en el «documento de trabajo» titulado: *Unser Gottesdienst*, publicado por Alfons Kirchgässner «en nombre de la Comisión» (Friburgo de Brisgovia, 1960) (pp. 3 y ss.). Un rasgo característico del prestigio casi ilimitado del que gozaba Guardini en el seno del catolicismo alemán es que, en la época de la ruptura que se anunciaba hacia 1960, su intervención fue colocada al principio de esta obra colectiva oficial que debía indicar el camino a seguir.

¹⁵ *Ibid.*, p. 3.

¹⁶ *Ibid.*, p. 3.

¹⁷ *Ibid.*, p. 4.

su dignidad, que no puede subordinarse a ningún objetivo material». En ocasiones llegó «hasta considerar como una pérdida de tiempo la oración, la absorción gratuita del hombre en las cosas eternas, el santo servicio ante la faz de Dios. 18» La liturgia es entonces «algo inútil y superfluo»; por eso se prefiere, en el espíritu de la época y para ser más eficaz, «ponerla ponerla al servicio de acciones morales u otras empresas estimulantes .¹⁹» «Pero, al hacerlo, el *pragmatismo* ha ignorado el sentido primer y más importante de la liturgia, ... pues la liturgia es tanto más rica en bendiciones cuanto más gratuita es .²⁰» Sí, pero el *pragmatismo* «quería resultados directos, rápidos... y tangibles .²⁰²¹»

En cuanto al *diletantismo*, se produce cuando una orientación «impuesta por el gran público penetra a la fuerza en la conciencia²²»; es entonces «de actualidad —momento importante pero también peligros^{ux.23}» «Muchos se han propuesto, llenos de buenas intenciones, modificar la liturgia del culto divi n. ²⁴», pero a menudo con consecuencias nefastas. «Partiendo de la idea de que «El hombre solo puede rezar en la lengua en la que vive; se ha dado importancia al alemán. Convencidos de la importancia de los símbolos litúrgicos, se ha intentado resaltarlos con mayor claridad y dar a las acciones sagradas un aspecto más popular .²⁵» En este ámbito, existen «graves deficiencias» y, así, a veces se ha observado «que no solo no se sabía latín, sino tampoco alemán. Lo que era grave, además, era que se asociaban al tema litúrgico otros temas, como concepciones confusas sobre el lugar de los laicos en la Iglesia o sobre la relación entre lo ético y lo religioso, etc. .²⁶» Cabe señalar, sin embargo, que, en esta evaluación del diletantismo litúrgico, Guardini no incluye la desobediencia a los responsables y a las normas canónicas de la Iglesia.

«Fue como reacción a estos errores», prosigue Guardini, «como se formularon las reservas de los representantes del “conservadurismo”. “Y tuvieron razón en todos estos puntos, pero ellos mismos sucumbieron al peligro de rechazar todo aquello a lo que no estaban acostumbrados . ²⁷» No comprenden

¹⁸ *Ibid.*, p. 5.

¹⁹ *Ibid.*, p. 5.

²⁰ *Ibid.*, p. 5.

²¹ *Ibid.*, p. 5.

²² *Ibid.*, p. 5.

²³ *Ibid.*, p. 6.

²⁴ *Ibid.*, p. 6.

²⁵ *Ibid.*, p. 6.

²⁶ *Ibid.*, p. 6.

²⁷ *Ibid.*, p. 7.

«los elementos abandonados por aquellos a quienes critican proceden del período religiosamente más estéril del siglo XIX, y que estos elementos han suplantado a su vez muchas de las riquezas de la piedad eclesial .²⁸ » Según Guardini, los defensores del «conservadurismo» equiparan la santa misa con devociones populares y privadas muy dudosas, la práctica de los sacramentos está «se desprende de su contexto significativo para convertirse en un rito puramente externo .²⁹». Por su parte, él teme «que se aleje a la gente de la Iglesia imponiéndoles formas de devoción ampliamente superadas .³⁰». En resumen, incluso las fuerzas conservadoras a menudo carecen de «una concepción adecuada de lo que es verdaderamente la liturgia»; muchos solo ven «el aspecto exterior, pero sin comprender verdaderamente su sentido .³¹»

Lo importante, por supuesto, es ver cuál es el consejo que Guardini da a los obispos, basándose en esta descripción, en lo esencial exacta, de los errores que constata. En primer lugar, les advierte contra el «peligro de una intervención administrati ve³²» —y, a este respecto, no deja de ser interesante señalar que, en repetidas ocasiones, emplea el término «administración» para referirse a las autoridades eclesiásticas...

Escribe: «Es normal que la administración eclesiástica intervenga contra las innovaciones arbitrarias que no han sido sancionadas ni por el ministerio ni por la competencia [*por lo tanto, ve aquí dos posibles justificaciones*]... Por otra parte, es esencial que no retiren su confianza a quienes, desde hace tiempo, trabajan con seriedad y responsabilidad en estos ámbitos, y que los protejan contra los ataques que ponen en tela de juicio su convicción y su trabajo .³³ » Así pues, Guardini no se limita a reivindicar la libertad para el movimiento litúrgico; reclama además —ya en 1940— que los obispos protejan a sus representantes de las críticas. Continúa: «El trabajo litúrgico necesita ante todo tiempo... Sabemos que es pedir mucho dejar las cosas aún en suspenso. Pero, para llegar a algo bueno, es imposible hacer otra cosa; y lo que sería mucho peor que una incertidumbre provisional serían unas medidas que impedirían que un trabajo iniciado hace varias décadas diera sus frutos, cuando estos ya comienzan a madurar .³⁴»

²⁸ *Ibid.*, p. 7.

²⁹ *Ibid.*, p. 8.

³⁰ *Ibid.*, p. 8.

³¹ *Ibid.*, p. 8.

³² *Ibid.*, p. 9.

³³ *Ibid.*, p. 9.

³⁴ *Ibid.*, p. 10.

Guardini llega incluso a añadir: «Sé lo suficiente sobre la teoría y la práctica como para poder dar una respuesta [*a estos problemas*] que no se podrá ignorar; pero no quiero hacerlo .35» Sea lo que sea lo que esconden estas palabras, los obispos concedieron al movimiento litúrgico —incluidos sus partidarios más radicales— el tiempo necesario para que, bajo la protección de los obispos, pudiera ocupar cada vez más puestos clave y para que se toleraran, como excesos de celo perdonables, numerosos abusos.

Durante la guerra y en el período que le siguió, el movimiento litúrgico se afianzó no solo en Alemania, sino también en Francia, ya que la postura de la mayoría de los obispos franceses era idéntica a la de sus colegas alemanes. En 1943 se creó, bajo la dirección de Dom Beauvain, el Centro de Pastoral Litúrgica, que posteriormente publicaría la revista *La Maison-Dieu* y, en colaboración con la editorial Le Cerf, la serie *Lex orandi*.

2.3. Nacimiento de la encíclica

En este contexto, ¿cómo fue posible que se redactara la encíclica *Mediator Dei*? Por lo que yo sé, lamentablemente no disponemos de ningún documento que nos aclare la participación de quienes contribuyeron a los borradores de esta encíclica, mientras que estamos mejor informados, por ejemplo, sobre las encíclicas *Quadragesimo Anno* (1931)³⁶ y *Mit brennender Sorge* (1937)³⁷ de Pío XI. Sabemos, en cualquier caso, que, a pesar de todas las cargas que le abrumaban —dado que la Santa Sede se encontraba en el corazón del imperio fascista y nacionalsocialista—, Pío XII no solo se ocupaba de los acontecimientos políticos y de su valoración desde el punto de vista de la pastoral y la teología moral, sino que seguía con atención los avances en el ámbito de la dogmática o incluso en el de la liturgia. En este sentido, su notable conocimiento de la situación en Alemania y de la lengua alemana le fueron de gran ayuda.

Cabría preguntarse si, en aquellos tiempos históricos tan turbulentos, el Papa no tenía «cosas mejores que hacer», pero eso sería desconocer la concepción que Pío XII tenía de su tarea, y tampoco se correspondería con la tradición de la Iglesia. Pensemos, por ejemplo, en 1794. En aquella época, también particularmente crítica, la Iglesia no tenía «nada mejor que hacer» que ocuparse de un sínodo regional italiano celebrado ocho años antes: el sínodo de Pistoia. Sus

³⁵ *Ibid.*, p. 10.

³⁶ Oswald VON NELL-BREUNING: «Octogesimo Anno», en: *Stimmen der Zeit*, 1971, pp. 289 y ss.

³⁷ Véase, por ejemplo, Dieter ALBRECHT (ed.): *Der Notenwechsel zwischen dem Heiligenstuhl und der deutschen Reichsregierung* I, Maguncia 1965, sobre todo pp. 402 y ss.

Las condenas graduales de ciertas frases ambiguas ^{s38} constituyeron, desde el punto de vista de la dogmática y de la historia de la Iglesia, un acontecimiento importante que daba testimonio entonces de una verdadera solicitud pastoral y al que, por otra parte, se refiere explícitamente la encíclica *Mediator Dei*.³⁹

En plena guerra, en junio de 1943, se publicó la encíclica sobre la Iglesia, *Mystici Corporis*, que reviste una gran importancia y, cuatro años más tarde, cuando Italia se encontraba en una fase crítica con la expansión de los comunistas, se publicó la encíclica *Mediator Dei* sobre la liturgia.

En cualquier caso, es cierto que su preparación tuvo en cuenta, en cierta medida, una carta enviada en 1943 por Mons. Gröber, arzobispo de Friburgo, al episcopado alemán. En diecisiete puntos, monseñor Gröber critica afirmaciones dogmáticas erróneas que se refieren directa o indirectamente al ámbito de la liturgia y que también recoge la encíclica *Mediator Dei*.⁴⁰ Entre estas afirmaciones, cabe citar en particular errores sobre la Iglesia, sobre el cuerpo místico de Cristo, una importancia exagerada dada al aspecto de la comida en la Santa Misa, etc.⁴¹ Además, se hace un énfasis desmesurado en el sacerdocio común de todos los fieles en detrimento del sacerdocio sacramental, con todas las consecuencias que ello conlleva en el ámbito de la liturgia, como la ampliación del papel de los laicos en la participación en la Santa Misa, así como el uso de la lengua vernácula. En todos estos puntos, a menudo se recurría, para justificarse, a los tiempos antiguos, que se consideraban normativos para el presente.⁴²

A diferencia de lo que pensaba y decía Guardini en 1940, monseñor Gröber establece claramente que las prácticas recientes sustituyen a las normas vigentes; por ello, él también insta a los obispos a intervenir, pero, en su caso, contra los errores como tales, y deseando expresamente que Roma intervenga directamente en este proceso.⁴³

Y, efectivamente, el cardenal Bertram, presidente de la Conferencia Episcopal, envió un memorándum a Roma que, curiosamente, defendía el movimiento litúrgico y alentaba las reformas litúrgicas. En cuanto a la respuesta del cardenal Maglione, secretario de Estado, es relativamente abierta y concede cierto margen de maniobra a los obispos alemanes.⁴⁴

³⁸ Cf. Denzinger-Hünemann (DH): 2600-2700.

³⁹ Véase MD, p. 24; AAS 546 y ss.

⁴⁰ Por ejemplo, su crítica al arqueologismo en el punto n.º 5, o sobre la confusión entre el sacerdocio jerárquico y el sacerdocio de los bautizados en el punto n.º 13.

⁴¹ Punto n.º 14.

⁴² Punto n.º 5.

⁴³ Punto n.º 17.

⁴⁴ Véase el comentario de F. KOLBE en *La Maison-Dieu* n.º 74, 1963.

Así pues, estos continuaron concediendo el imprimátur siempre que los autores se esforzaran por no expresar abiertamente teorías demasiado avanzadas. El cardenal Ratzinger menciona una obra importante en este sentido: *Eucharistia. Gestalt und Vollzug*, de Joseph Pascher, publicada en 1947, justo antes de la aparición de la encíclica. Al igual que hicieron antes que él Guardini y otros, Pascher afirma: «La forma “básica” es la de la comida .⁴⁵». Pero, según él, esta forma de la comida no excluye en ningún caso la concepción dogmática del sacrificio; al contrario, los elementos del sacrificio pueden muy bien encontrarse en la simbología de la comida .⁴⁶

Los esfuerzos de renovación resultaban aún más prometedores cuando su argumentación se apoyaba en elementos pastorales. Esa era, por otra parte, la orientación recomendada en 1945 por Dom Lambert Beauduin desde el primer número de *La Maison-Dieu*, en el que presentaba «Normas prácticas para las reformas litúrgicas». A través de los obispos simpatizantes, y preservando al mismo tiempo el orden establecido, cabía esperar obtener éxitos en Roma, en particular en la Congregación de los Ritos. «Habrà que proceder jerárquicamente... Proceder con paciencia... Preparar los ánimos... Acentuar también el aspecto moral y práctico... La Iglesia no teme modificar su disciplina por el bien de sus hijos».

Estos esfuerzos fueron objeto de una coordinación internacional en el marco de diversas reuniones, por ejemplo con el catolicismo alemán, que, incluso inmediatamente después de la guerra, no se encontraba aislado dentro de la Iglesia. De hecho, ya existían «contactos con los representantes de las diferentes Iglesias cristianas», como admitió posteriormente el P. Duployé, uno de los cerebros del movimiento .⁴⁷ El P. Duployé relató un incidente que tuvo lugar al margen de una reunión litúrgica celebrada en Le Thieulin, cerca de Chartres, en la que participaban, entre otros, cuarenta superiores y directores de seminarios: «Unos días antes de la reunión de Thieulin, recibí la visita de un lazarista italiano, el P. Bugnini, que me había pedido que lo invitara. El padre escuchó con mucha atención sin decir una palabra durante cuatro días. Cuando regresábamos a París..., me dijo: “Admiro lo que hace, pero el mayor servicio que puedo prestarle es no decir nunca en Roma una palabra de todo lo que acabo de oír” .⁴⁸»

⁴⁵ Citado según RATZINGER: *La celebración de la fe*, p. 37.

⁴⁶ Cf. *op. cit.*, pp. 37 y ss.

⁴⁷ *Los orígenes del C.P.L. 1943-1949*, R.P. DUPLOYE, p. 338.

⁴⁸ *Los orígenes del C.P.L. 1943-1949*, R.P. DUPLOYE, p. 338.

3. Los principales temas de la encíclica

3.1 Definiciones fundamentales

La encíclica *Mediator Dei*⁴⁹ llama la atención por la profundidad de sus afirmaciones. A diferencia de lo que a veces se observa en textos posteriores del magisterio, se caracteriza por un vocabulario sencillo y claro. Aunque a menudo se esfuerza por presentar de manera equitativa y matizada tal o cual tema, o incluso una posición rechazada, no contiene ninguna «fórmula de compromiso» que busque, a expensas de la claridad o incluso de la verdad, encontrar un «equilibrio» entre posiciones incompatibles.

En cuanto a la liturgia, Pío XII parte también de Cristo. Él es el *Mediator Dei*, presentado aquí, ante todo, como Sumo Sacerdote eterno. Él quiere «que el culto instituido y celebrado durante su vida en la tierra continúe sin interrupción⁵⁰». Por ello hay que entender, ante todo, lo que hizo el Jueves Santo y el Viernes Santo: «En la Última Cena, utilizando un rito y un aparato solemne, celebra la nueva Pascua y asegura su continuación gracias a la institución divina de la Eucaristía; al día siguiente, elevado entre el cielo y la tierra, ofrece su vida en sacrificio para salvarnos.⁵¹» «El sacerdocio de Jesucristo cumple su función a lo largo de todos los siglos.⁵²», dice el Papa. La razón es la presencia de Cristo. En numerosas ocasiones, para precisar los conceptos de los que habla, el Papa se refiere a la doctrina del «Cuerpo místico de Cristo», que es la Iglesia.⁵³ Además, los conceptos fundamentales de su encíclica de 1943 *Mystici Corporis* son a la vez las premisas y el fundamento de todo lo que enseña en esta encíclica. Así, dice, Cristo y la Iglesia tienen «en común con el

⁴⁹ El texto latino se encuentra en *AAS* 1947, pp. 521-595, con un índice en las pp. 596-600. Además de una edición publicada por la editorial Herder, en 1948 apareció una versión alemana oficial de este texto con imprimátur en la editorial Badenia de Karlsruhe. Lamentablemente, estas dos ediciones no se encuentran en las librerías. Para los interesados, es más fácil conseguir la edición privada de Karl Haselböck (Viena 1995) en la serie *Freude an der Wahrheit* (n.º 127). De esta edición se han tomado las citas del texto alemán. La edición de Haselböck se esfuerza por ofrecer una traducción más elegante. Así, la expresión «*scriptores effutiunt*» (*AAS* p. 580), traducida en la edición de 1948 como: «los escritores hablan», aparece en la de Haselböck como: «los escritores hablan sin miramientos». Sin embargo, por lo que he podido comprobar, la traducción en su conjunto no es incorrecta. No deja de ser lamentable —y característico del estado actual del catolicismo *germanoparlante*— que una serie de textos importantes solo sean reeditados en versión completa por este editor, cuya postura frente a la jerarquía actual es muy crítica.

La edición de Badenia incluye (pp. 3-14) un comentario del profesor Klaudius JÜSSEN, de Friburgo, que en cualquier caso nunca va más allá del texto de la encíclica (con una excepción: cuando menciona la «teología de los misterios», en relación con MD 56/580). Presenta correctamente los puntos esenciales, subraya como es debido las advertencias del Papa, pero, en consonancia con el espíritu de corporativismo de la época, trata con delicadeza a los autores a los que puede referirse, sin citarlos.

La traducción al francés es la de la *Documentation catholique*, publicada en forma de folleto.

⁵⁰ MD 7/527 - En esta referencia, al igual que en las siguientes, el primer número se refiere a la página de la edición francesa y el segundo a la página de las *AAS*.

⁵¹ MD 6/527.

⁵² MD 9/529.

⁵³ Así, por ejemplo, ya en la página 2/522.

«El Verbo encarnado es el fin, el deber y la función...⁵⁴» «En toda acción litúrgica, al mismo tiempo que la Iglesia, su divino Fundador se encuentra presente ó. ⁵⁵» Esta presencia de Cristo se realiza de múltiples maneras, hasta el punto de que Pío XII no duda en clasificarlas por orden de importancia cuando dice:

«Cristo está presente en el santo sacrificio del altar, ya sea en la persona de su ministro, ya sea sobre todo bajo las especies eucarísticas; está presente en los sacramentos por la virtud que les infunde...; está presente, por último, en las alabanzas y oraciones dirigidas a Dios, según la palabra de Cristo: “Donde dos o tres se reúnen en mi nombre...”. » Esta clasificación, desagradable para muchas personas, tuvo que ser modificada posteriormente .⁵⁶ La *Constitución conciliar sobre la liturgia* también introdujo, en este punto, modificaciones que no dejan de ser características .⁵⁷

Sin duda, Pío XII tenía motivos de sobra, en 1947, para ocuparse de posiciones que, inspirándose en la «teología de los misterios» de Odon Casel, solo querían ver en la liturgia al Cristo glorificado, pero no al Cristo «histórico». Para el Papa, tal separación era impensable: «La santa liturgia nos pone ante los ojos a Cristo entero y en todas las condiciones de su vida...: Jesucristo ayer y hoy, él mismo para siempre . 58»

Según la definición de Pío XII, la liturgia «representa el culto integral del Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, del Jefe y de sus miembros . ⁵⁹». En este sentido, «tiene por objeto el sacrificio, los sacramentos y las alabanzas que deben rendirse a Dios. Le corresponde asimismo unir nuestras almas a Cristo y hacer que alcancen la santidad por medio del divino Redentor, para que se dé gloria a Cristo, y por él y en él, a la Santísima Trinidad ⁶⁰». Esta perspectiva «trinitaria» constituye también un rasgo fundamental de la encíclica. El Papa presenta en términos conmovedores toda la gama de efectos de la liturgia sobre el hombre y su vida: nos ayuda y nos exhorta a la santidad, nos enriquece mediante el bautismo, nos fortalece mediante la confirmación, nos consuela y nos reconcilia en la confesión, nos da fuerza en el matrimonio y nos acompaña como

⁵⁴ MD 7/527-528.

⁵⁵ MD 8/528.

⁵⁶ Cf. p. ej., el breve estudio crítico presentado por los cardenales OTTAVIANI y BACCI: «Kurze kritische Untersuchung des neuen Ordo missae», en: *Schriftenreihe der Una Voce*, cuaderno n.º 4/1969, p. 9; o también, de Karl LEHMANN y Wolfhart PANNENBERG: *Lehrverurteilungen - kirchentrennend?*, vol. I, Friburgo de Brisgovia, 1987, p. 107, con la nota 47a; a propósito de Mt 18,20, véase también RATZINGER: *Ein neues Lied für den Herrn*, Friburgo de Brisgovia, 1995, pp. 146-147.

⁵⁷ Véase SC 7 y el comentario de Jungmann al respecto, pp. 20-21, así como la presente exposición.

⁵⁸ MD 55/579.

⁵⁹ MD 55/579.

⁶⁰ MD 59/583.

viático en la tumba, consagra y bendice, sobre todo en la ordenación, y ayuda a las almas del purgatorio .⁶¹

Por lo tanto, se puede decir: «Toda la liturgia contiene, pues, la fe católica, en la medida en que da testimonio público de la fe de la Iglesia .⁶²». Y, por supuesto, Pío XII ve el vínculo entre *lex orandi* y *lex credendi*. Sin embargo, la liturgia no es «una especie de experiencia de las verdades que deben retenerse como de fe · 6363» y que, en cierto modo, deberían demostrar su validez en el rito. Y, para «discernir y determinar de manera absoluta y general», prefiere con mucho la fórmula: *Lex credendi legem statuat supplicandi* —Que la regla de la creencia fije la regla de la oración .⁶⁴

Sin embargo, «el punto culminante y, por así decirlo, el centro de la religión cristiana es el misterio de la Santísima Eucaristía». Esta es, por tanto, «la materia principal de la liturgia .⁶⁵» Y es por ello por lo que nos detendremos más detenidamente en este aspecto concreto a la luz de la encíclica.

3.2 Sacrificio y comida

Retomando los términos del Concilio de Trento, Pío XII recuerda que, en el sacrificio de la misa, «el sacrificio de la Cruz se representa (*repraesentatur*) y se renueva (*renovatur*) perpetuamente, siendo la única diferencia la forma de ofrecerlo .⁶⁶». Como subraya el Papa, no se trata, pues, «una mera conmemoración, [...] sino un verdadero sacrificio, en sentido propio [...] una inmolación incruenta .⁶⁷»

En efecto, es el mismo sacerdote, Cristo, a quien el sacerdote representa; es la misma ofrenda, y las especies eucarísticas «simbolizan la separación violenta del cuerpo y de la sangre ng68»; los fines del sacrificio son los mismos: la glorificación del Padre celestial, la acción de gracias debida a Dios y, en tercer lugar, la expiación, la propiciación y la reconciliación. Sin duda, Cristo nos redimió en el Calvario; «esta redención, sin embargo, no alcanza de inmediato su pleno efecto». Por el contrario, «es absolutamente necesario que cada uno, en particular, entre en contacto vital con el sacrificio de la Cruz .⁶⁹»

⁶¹ Cf. MD 9/530.

⁶² MD 18/540.

⁶³ MD 18/540.

⁶⁴ MD 19/541.

⁶⁵ MD 25/547.

⁶⁶ MD 2/522. Véase también el pasaje correspondiente de MD 69/594: «El sacrificio eucarístico, representación y renovación del sacrificio de la Cruz».

⁶⁷ MD 25/548.

⁶⁸ MD 26/548.

⁶⁹ MD 27-28/550-551.

Y esto es precisamente lo que ocurre en la Santa Misa.

Es desde esta perspectiva que Pío XII ve la vida litúrgica de la Iglesia primitiva, que substituyó al culto del Antiguo Testamento, «sombra»⁷⁰ del culto a Cristo: «Allí donde los pastores pueden reunir al núcleo de fieles, erigen un altar sobre el que ofrecen el sacrificio y en torno al cual tienen lugar otros ritos ...71»

Por supuesto, el Papa no ignora que el término «*Eucharistia*» significa «acción de gracias»⁷²; sin embargo, esto no le impide, para que las cosas queden más claras, hablar con mayor frecuencia de «sacrificio» o utilizar términos equivalentes.⁷³

Y, en el sacrificio eucarístico y en los sacramentos, *la eficacia* «proviene sobre todo y ante todo de la acción misma («*ex opere operato*»)⁷⁴; sin embargo, se puede hablar de una eficacia «*ex opere operantis*», cuando la eficacia de una acción no depende de la buena voluntad de un participante, sino «de la acción de la Iglesia («*ex opere operantis Ecclesiae*»), en cuanto santa y estrechamente unida a su Cabeza en toda su actividad».

Si bien Pío XII emplea en general conceptos desprovistos de ambigüedad —evoca, por ejemplo, «la “transubstanciación” del pan en el Cuerpo de Cristo» (⁷⁵)—, no deja de utilizar el término «*sacra synaxis*» que se encuentra en el *Novus Ordo missae*⁷⁶, aunque en un sentido claramente más restringido: exclusivamente en relación con la recepción de la comunión y no para designar el sacrificio de la misa. Al hacerlo, precisa también aquí el uso que le daba la Iglesia primitiva, señalado por ejemplo por el cardenal Ratzinger ⁷⁷, diciendo: «Hay que señalar una vez más que el sacrificio eucarístico consiste esencialmente en la inmolación incruenta

⁷⁰ MD 6/526.

⁷¹ MD 8/529.

⁷² Cf. MD 43/566: «*ipsum altaris sacrificium per se gratiarum sit actio*».

⁷³ En contraposición a esta postura, LENGELING subraya ya en 1960 «que... el Canon (y, por tanto, la celebración de la misa, que constituye su centro) es la Eucaristía» («Überwundenen in der Meßerklärung» en: Kirchgässner (ed.): *Unser Gottesdienst*, p. 26).

⁷⁴ MD 11/532. MD 11/532.

⁷⁵ MD 28/548.

⁷⁶ En el famoso § 7 de la *Institutio generalis* que precedió al nuevo *Ordo*, párrafo modificado a raíz de ciertas protestas que suscitó. Véase sobre este punto OTTAVIANI/BACCI, *op. cit.*, p. 7; véase también Georg MAY: «Die alte und die neue Messe» (publicado en particular en el cuaderno n.º 8/1975 de la serie *Una Voce Deutschland*, pp. 61 y ss.).

⁷⁷ «La “comunidad” es el nuevo descubrimiento de la época posconciliar. Hemos recordado que, en el lenguaje de la Iglesia antigua, la Eucaristía tenía, entre otros, el nombre de *synaxe*, “reunión”». RATZINGER: *La celebración de la fe*, p. 140.

de la víctima divina... La santa comunión (*sacra synaxis*) garantiza su integridad y tiene por objeto hacer participar sacramentalmente en ella a l .78»

Por lo tanto, convence de su error a quienes «afirman peligrosamente que no se trata solo de un sacrificio, sino de un sacrificio y de una comida de comunidad fraternal, y sitúan la comunión celebrada en común (*sacra synaxis*) como el punto culminante de toda la ceremonia . 79»

Pío XII ya veía con claridad a qué conducirían, en nuestros días, esas concepciones, y las rechazaba explícitamente: conviene no olvidarlo cuando, con demasiada frecuencia, se habla de una continuidad sin ruptura entre nuestra época y la de Pío XII.

Este tema está relacionado con la comunión de los fieles. Por supuesto, el Papa recomienda la comunión frecuente de los fieles, tras una preparación adecuada; es muy claro al respecto ^{nt80} ; sin embargo, precisa que no es la comunión de los fieles, sino la del sacerdote, la que es absolutamente indispensable para la validez del sacrificio de la misa .⁸¹ Cuando este se celebra en presencia de fieles, estos últimos deben, «cuando no puedan recibir efectivamente el alimento eucarístico», recibirlo «al menos con el deseo .82»

En consonancia con el Concilio de Trento, la encíclica anima ciertamente a los fieles a «la recepción sacramental de la Eucaristía, para que el fruto de este santísimo sacrificio les llegue más abundantemente . ⁸³». Pero el Papa añade, siguiendo a su predecesor Benedicto XIV (1742): «Es más, para dar a conocer mejor y con mayor claridad que, mediante la recepción de la divina Eucaristía, los fieles participan del sacrificio mismo», él «alaba la piedad de aquellos que, no solo desean alimentarse del pan celestial cuando asisten al sacrificio, sino que también desean recibir las hostias consagradas en ese mismo sacrificio. ⁸⁴ ». Por supuesto, la verdadera participación en el sacrificio no depende de ello, y existen numerosas razones para comulgar fuera de la Santa Misa; sin embargo, en referencia a las palabras del canon: «*ut quotquot ex hac altaris participatione... sumpsim us*⁸⁵», el sacerdote debe cumplir este deseo cuando los fieles lo soliciten.

⁷⁸ MD 40/563.

⁷⁹ 39-40/563.

⁸⁰ Cf. p. ej. MD 41/565.

⁸¹ MD 39/563.

⁸² MD 39/563.

⁸³ MD *ibid.*

⁸⁴ MD 40-41/564.

⁸⁵ «Que todos nosotros, que participamos en este sacrificio» (citado en MD 42/565).

No es de extrañar que este pasaje de la encíclica sea precisamente uno de los pocos que citan con aprobación autores que, por lo demás, no están muy de acuerdo con la teología de Pío XII. Pero volveremos sobre ello.

3.3 El sacerdote y el pueblo

Sin perjuicio de la doctrina del sacerdocio de todos los fieles, recordada, por supuesto, en varias ocasiones por Pío X o ^{XII}⁸⁶, se puede, desde el punto de vista de «la propia naturaleza del culto», entender la liturgia católica tal y como se presenta en *Mediator Dei* como liturgia sacerdotal: en efecto, «es celebrada en primer lugar por los sacerdotes en nombre de la Iglesia» ().⁸⁷ Del mismo modo que, por el

bautismo, los fieles son separados y distinguidos de los demás hombres por «un carácter

indeleble e⁸⁸», «del mismo modo el sacramento del orden distingue a los sacerdotes de los demás fieles del

Cristo ^{.89}». Siendo, en su inmutabilidad, una imagen de la jerarquía celestial, *el Ordo* es «conferido a hombres elegidos y constituye una especie de generación espiritual ^{.90}». Solo ellos disponen de ciertos poderes y, por lo tanto, están «facultados para realizar» ciertos actos.⁹¹

La misión tiene, pues, su origen en Dios, en el sentido de Juan 20,21. El Papa precisa que el sacerdocio «no emana... de la comunidad cristiana, y no es una delegación del pueblo ^{.92}». En consecuencia, el sacerdote «representa a Dios ante el pueblo del que tiene la charge. » Solo así, y a partir de ahí, puede «representar al pueblo ante Di u. ⁹³»

Una vez más, es esencial ver a Cristo: «El sacerdote sustituye al pueblo únicamente porque representa a la persona de Nuestro Señor Jesucristo como jefe de todos los miembros que se ofrecen a sí mismos por ellos; cuando se acerca al altar, lo hace, por tanto, como ministro de Cristo, inferior a Cristo, pero superior al pueblo. El pueblo, por el contrario, al no desempeñar en modo alguno el papel del divino Redentor, y al no ser mediador entre sí mismo y Dios, no puede en modo alguno gozar del derecho sacerdotal ^{.94}». Y el Papa añade: «Estas verdades son de fe

⁸⁶ Cf. p. ej. MD 36/557.

⁸⁷ MD 17/539.

⁸⁸ MD 17/539.

⁸⁹ MD 17/539.

⁹⁰ MD 16/538-539.

⁹¹ MD 16/538.

⁹² MD 16/538.

⁹³ MD 16/538. Sobre la doctrina de Pío XII sobre el sacerdocio, véase además, por ejemplo, la alocución *Sollemnis conventus* del 24 de junio de 1939 (en: *AAS* 31/1939, pp. 245-251), así como la exhortación apostólica *Menti nostrae* del 23 de septiembre de 1950 (en: *AAS* 42/1950, pp. 657-702; en francés: *Documentation catholique* 1950, col. 1345 ss.)

⁹⁴ MD 31/553-554.

« .95» Y esta es también la razón por la que rechaza las afirmaciones según las cuales «una gracia única e idéntica... une a Cristo con los miembros de su Cuerpo místico .96»

Es también en este contexto donde conviene responder a la cuestión de la participación del pueblo en el sacrificio de la misa. El Papa rechaza las tesis de quienes «estiman que el sacrificio eucarístico es, en sentido propio, una “concelebración” y que los sacerdotes deberían “concelebrar” con el pueblo presente, en lugar de ofrecer el sacrificio en particular en ausencia del pueblo .97»

Pío XII admite que los fieles también presentan las ofrendas; sin embargo, lo hacen «de manera diferente .98». Esto es, por otra parte, lo que muestra *el Ordo missae*, que, en múltiples ocasiones, destaca esta distinción, que el Papa cita aquí: «... ya sea en *el Orate fratres* —donde dice: «... mi sacrificio, que es también el vuestro »99— o en el canon, donde el sacerdote dice: «Por los cuales te ofrecemos» o «que te ofrecen...» y, más adelante: «... esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia», o también, por último: «Nosotros, tus siervos, junto con tu pueblo santo, te ofrecemos »...100

¿De qué manera presenta el pueblo el sacrificio? Pío XII comienza citando una serie de «razones más remotas s101», pero que han sido puestas de relieve por la llamada reforma litúrgica: las respuestas que dan los cristianos a las oraciones del sacerdote, la ofrenda que hacen del pan y del vino, o incluso la limosna dada al sacerdote con el fin de «hacer que se ofrezca la víctima divina por ellos mismos .102 ». A continuación, aborda las razones profundas: el pueblo ofrece el sacrificio «por las manos del sacerdote», porque «une sus votos de alabanza, de súplica, de expiación y de acción de gracias a los votos o intenciones mentales del sacerdote... para presentarlos a Dios Padre . 103»

⁹⁵ *Ibid.*

⁹⁶ MD 69/593.

⁹⁷ MD 30/553. Cabe señalar que es el único pasaje de la encíclica en el que se utiliza el término «concelebración». Sin duda, Pío XII debió abordar en varias ocasiones, a lo largo de los años 50, el problema de la «concelebración» tal y como se entiende hoy en día, pero lo hizo, en la mayoría de los casos, solo en forma de alocuciones. A este respecto, nos remitiremos sobre todo a la ponencia presentada por Mons. SCHMITZ durante el simposio del año pasado, en: *La Liturgie, Trésor de l'Église*, pp. 119 y ss.

⁹⁸ MD 31/554.

⁹⁹ Es característico que, precisamente en relación con esta fórmula, los «Studien und Entwürfen» (Estudios y proyectos) de la comisión litúrgica de los países de lengua alemana digan que «no es indiscutible». Por eso, para esta comisión, esta forma «debería suprimirse sin ser sustituida». En: Nagel, p. 38.

¹⁰⁰ Citado según MD 32/554.

¹⁰¹ MD 32/555.

¹⁰² Véase MD 32/555.

¹⁰³ MD 33/556.

El Papa rechaza asimismo los argumentos de quienes, ya en aquella época, basándose en «la naturaleza social» de la misa, deseaban que se modificaran los roles respectivos del sacerdote y del pueblo:

«Este sacrificio, en todas partes y en todo momento, de manera necesaria y por su propia naturaleza, tiene un carácter público y social», independientemente de que los fieles asistan o no a la misa . ¹⁰⁴ Además, el hecho de que el sacrificio de la misa se celebre simultáneamente en varios altares no aleja a la comunidad ni pone en peligro su unidad, y tampoco es necesario que el pueblo «confirme y apruebe el sacrificio para que este obtenga su valor y su eficacia . ¹⁰⁵»

Así pues, en este contexto, decir que la liturgia no es más que la «reunión de los creyentes» ya sería —como señala el cardenal Ratzinger— una revolución en sí misma, aunque se apelara al texto en el que se habla de «dos o tres que se reúnen» en nombre de Cristo. Tal definición significa, en efecto: «No es la Iglesia la que precede al grupo, sino el grupo al que precede a la Iglesia», y sería entonces el grupo el que, en consecuencia, constituiría el «lugar de origen» de la liturgia. ¹⁰⁶ Por último, esta definición conduce a una «dogmatización del grupo autónomo» y a un «igualitarismo ¹⁰⁷» incompatibles con toda la doctrina católica establecida sobre la relación entre el sacerdote y el pueblo en la liturgia.

3.4 Liturgia y piedad

Pío XII subraya muy claramente que, en la celebración de la misa, la voluntad del fundador debe cumplirse exactamente. Sin embargo, a la celebración exterior y perceptible —a esa «piedad objetiva»— debe ir acompañada de una piedad interior, personal, «subjética», para que el rito celebrado no se convierta en un rito vacío. Pero, añade, para que la misa tenga «la eficacia requerida, es absolutamente necesario que las almas estén bien dispuestas», y se requieren «los esfuerzos activos» de los fieles .¹⁰⁸ En cuanto a los medios que deben emplearse para ello, el Papa cita algunos número: elogia el uso del misal, el canto y la misa solemne, pero solo en la medida en que «estas formas de participar en el sacrificio... obedezcan escrupulosamente a los preceptos de la Iglesia y a las normas de los ritos sagrados» .¹⁰⁹ ». Por el contrario, reprende a quienes conceden «una importancia» exagerada a «estas condiciones secundarias», pensando que solo se puede celebrar la misa de esta

¹⁰⁴ MD 34/557.

¹⁰⁵ MD 33-34/557.

¹⁰⁶ RATZINGER: *Ein neues Lied*, p. 146.

¹⁰⁷ RATZINGER: *ibid.*, p. 147.

¹⁰⁸ MD 12/533-534; véase también MD 10/530 ss.

¹⁰⁹ MD 37/560.

manera; para Pío XII, «es apartarse de la verdad y de la recta razón». El papa sabe, por supuesto, que muchos fieles no pueden utilizar el misal, ni siquiera en su lengua materna, y que, además, las necesidades espirituales son diferentes y pueden cambiar. Por ello, considera que los cristianos pueden «disfrutar de los beneficios» del sacrificio eucarístico de otras formas, como «meditar piadosamente..., realizar otros ejercicios de piedad .¹¹⁰». Así pues, el Papa demuestra que es mejor psicólogo que los especialistas actuales en pastoral —y concede mayor libertad que ellos.

Algo que le preocupa especialmente es la acción de gracias tras recibir la sagrada comunión y después de la misa. También en este caso reprende a quienes, «apegándose más a las palabras que al pensamiento», la consideran innecesaria, al considerar «que el sacrificio del altar es en sí mismo acción de gracias» y que la acción de gracias personal no aporta nada bueno a la comunidad .¹¹¹ Por ello, recuerda en particular a los sacerdotes el deber que tienen de recitar las oraciones de acción de gracias, al igual que, por otra parte, de prepararse adecuadamente .¹¹²

De esta necesidad de dar gracias se derivan naturalmente, por una parte, la ofrenda que los fieles hacen de sí mismos —y que, ciertamente, se realiza en el santo sacrificio, pero que también debe abarcar toda su vida e¹¹³— y, por otra parte, la adoración de la Eucaristía.

Para el Papa, esta adoración ha existido en la Iglesia «desde sus orígenes», y remite en este punto a los ritos de adoración que son la genuflexión y la inclinación profunda, así como al segundo Concilio de Constantinop^{e114} y a san Agustín. Cita a este último: «*Nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit*», y: «*Non peccare adorando, sed peccare non adorando* .¹¹⁵». Esta adoración se impone en el caso de la Eucaristía porque, a diferencia de los demás sacramentos, «este sacramento... no solo engendra la gracia, sino que contiene de manera permanente al Autor de esa gracia .¹¹⁶» Por ello, exhorta a los obispos a no tolerar a los liturgistas desviados que solo atribuyen eficacia y dignidad a los ritos litúrgicos. Por el contrario, las iglesias deben permanecer abiertas fuera de los horarios de culto para que la adoración ante el sagrario no sea

¹¹⁰ MD 38/561.

¹¹¹ MD 43/566.

¹¹² Cf. MD 43/567.

¹¹³ Véase MD 36/557-560.

¹¹⁴ MD 45/569, con nota 66; DH 431.

¹¹⁵ MD 45/569: «Que nadie coma esta carne antes de haberla adorado». «No pecamos al adorarla, sino... pecamos al no adorarla».

¹¹⁶ MD 45/569.

descuidada .¹¹⁷ Evidentemente, no ignora que, a lo largo de la historia de la Iglesia, la devoción eucarística se ha desarrollado adoptando «diversas formas, [...] cada día sin duda más bellas y saludables, como por ejemplo las visitas diarias de devoción..., la bendición..., las procesiones..., y las adoraciones públicas» del Santísimo Sacramento, la oración perpetua y, sobre todo, la bendición del Santísimo Sacramento. Sin embargo, no considera como únicas normas, en una concepción estrecha de la Tradición, las formas que conocía la Antigüedad cristiana; alaba encarecidamente todos estos desarrollos .¹¹⁸ En 1956, subrayaba de nuevo: «Separar el sagrario del altar es separar dos cosas que, en su origen y en su naturaleza, deben permanecer unidas .119» La adoración de la Eucaristía no amenaza en absoluto, como algunos temen, con crear una «confusión» entre el Cristo «histórico» y el Señor triunfante. Al contrario, la Iglesia y los fieles descubrirán que «no hacen más que e uno.120»

Al contrario: descuidar la adoración ante el sagrario, así como desaconsejar las llamadas «confesiones devotas» de los pecados cometidos ^{s121} y, en consecuencia, menospreciar el culto mariano —he aquí «frutos envenenados, excesivamente nocivos para la piedad cristiana y que crecen en las ramas podridas de un árbol sano»; por lo que hay que cortarlas 122»

«Sin duda —dice el Papa—, dado que la oración litúrgica es la oración pública de la esposa de Jesucristo, tiene una dignidad superior a la de las oraciones privadas s123»; sin embargo, no por ello habría que menospreciar las formas de devoción extralitúrgicas. «Por eso, cometería un acto pernicioso y engañoso quien se atreviera, temerariamente, a asumir la reforma de estos ejercicios de piedad, para reducirlos únicamente a las ceremonias litúrgicas .124». Por ello, recomienda toda la riqueza de tales formas de devoción, ya sea el mes de María, las oraciones al Sagrado Corazón, las novenas, los tridúos, el Vía Crucis ^{x125} o, más concretamente, el

¹¹⁷ Cf. MD 60/584.

¹¹⁸ Cf. MD 45/569 ss. Cita: MD 45-46/569.

¹¹⁹ Véase al respecto la ponencia presentada en el simposio del año pasado por Dieter WEISS sobre el tema: «La devoción eucarística en la Iglesia después del Concilio de Trento», pp. 155-156, con la nota 73. Ya en 1957, la Congregación de los Ritos publicó un decreto al respecto sobre el sagrario (*ibíd.*, p. 156).

¹²⁰ MD 46/570.

¹²¹ A este respecto, y recordando las afirmaciones correspondientes de *Mystici Corporis*, Pío XII dice: «... algunos... admiten... que se desaconseje la confesión de las faltas realizada con el único fin de la devoción... (estas) opiniones... no se ajustan en absoluto al espíritu de Cristo y de su esposa inmaculada, sino que son verdaderamente funestas para la vida espiritual» (MD 60-61/585).

¹²² MD 60/584.

¹²³ MD 15/537.

¹²⁴ MD 62/587.

¹²⁵ Cf. MD 62/586-587.

rosario.¹²⁶ No obstante, los obispos deben «inculcar a cada uno que la vida cristiana no consiste en la multiplicidad y la variedad de oraciones y ejercicios de piedad. 127» El Papa ve, pues, también los peligros que se manifiestan hoy en día en ciertos círculos como reacción al racionalismo y al modernismo religioso dominantes. Por ello, recomienda que las formas privadas de devoción respiren el espíritu de la liturgia, como ocurre más particularmente con el «oficio divino» de las horas canónicas. Al ser la «oración del Cuerpo místico de Jesucristo», sin duda está «dirigida a Dios en nombre y en beneficio de todos los cristianos. 128», sobre todo por parte de los sacerdotes y religiosos, pero también es muy recomendable para los laicos, en particular en las vísperas del domingo.¹²⁹

Una característica de la esterilidad espiritual del modernismo litúrgico es que, a pesar de todas las recomendaciones, la recitación de las horas canónicas reformadas ha sido, en gran medida, abandonada tanto por el clero como por los laicos.

En cambio, según Pío XII, quien, junto con Tomás de Aquino, define la «devoción» como «acto principal de la virtud de la religión¹³⁰», una vida «teocéntrica» impregna todos los aspectos — privados, matrimoniales, sociales, económicos y políticos— de la vida y del actuar del hombre.¹³¹

Pío XII menciona también a «toda la familia de los hombres». Pero solo ve una única posibilidad para que, «una vez restablecido el orden, (esta) encuentre la paz»: la bendición del Santísimo Sacramento, que debe llevarla a cantar «con un solo corazón y un solo espíritu el cántico de esta adoración.¹³²»

3.5 Formas y ayudas

Un medio importante que recomienda la encíclica para apoyar el crecimiento espiritual es la formación litúrgica, ya sea del clero¹³³ o de los laicos¹³⁴. En este sentido, el Papa califica de «esfuerzos loables» y de «noble y fructífera emulación»¹³⁵ los esfuerzos litúrgicos realizados en su

¹²⁶ Cf. MD 59-60/583-584.

¹²⁷ MD 62-63/587.

¹²⁸ MD 49/573.

¹²⁹ Véase MD 51-52/575-576.

¹³⁰ Véase MD 13/534-535.

¹³¹ Véase MD 14/536.

¹³² MD 47/571-572.

¹³³ Véase MD 67/591-592.

¹³⁴ Véase MD 68/587.

¹³⁵ MD 2-3/523.

época. Sin embargo, este reconocimiento va acompañado inmediatamente de múltiples restricciones. Para la encíclica, «algunos son demasiado ávidos de novedad y se desvían de los caminos de la sana doctrina y de la prudencia», «a menudo introducen» elementos que «comprometen» la liturgia o «la mancillan con errores» graves.¹³⁶ Algunos abusos han servido ya, en el pasado, «para mayor provecho de los herejes y de la propagación de sus errores», y son precisamente tales abusos los que llevaron en su día a la Santa Sede a crear la Congregación de los Ritos.¹³⁷ Del mismo modo, también los obispos tienen el deber de velar por la liturgia.¹³⁸ Para ello, podrán recurrir a decisiones de aplicación diocesanas, o también recurrir a un consejo litúrgico, el cual, sin embargo, deberá trabajar en el marco de las disposiciones aplicables a toda la Iglesia, «y que no se permita a nadie, ni siquiera a un sacerdote, servirse de los edificios sagrados para hacer en ellos, por así decirlo, experimentos». ¹³⁹ Es «el sentido de lo universal» el que «afirma la unidad de la Iglesia». Por ello, la encíclica exhorta en múltiples ocasiones a la obediencia a los papas y a la Santa Sede en general.¹⁴⁰

Esto no excluye una evolución de la liturgia. Por ello, la jerarquía «no ha dudado — salvaguardando al mismo tiempo la integridad sustancial del sacrificio eucarístico y de los sacramentos— en modificar lo que consideraba que no era perfectamente adecuado y en añadir lo que le parecía más apto ¹⁴¹». En la medida en que la liturgia comprende a la vez elementos humanos y elementos divinos, estos pueden modificarse para dar lugar a una «admirable variedad» (. ¹⁴²). «El crecimiento progresivo» pone de relieve costumbres que solo estaban esbozadas «en épocas anteriores»; por otra parte, otras «instituciones piadosas» «vuelven a ponerse en práctica» tras un cierto tiempo (. ¹⁴³).

Por lo tanto, para el Papa no se trata de considerar una época concreta como absoluta, ni siquiera la de la Antigüedad cristiana. «Sin duda —dice—, la liturgia de la Antigüedad es digna de veneración; sin embargo, un uso antiguo no debe considerarse, por el mero hecho de su aroma a Antigüedad, como más adecuado y mejor... en cuanto a sus efectos y condiciones

¹³⁶ MD 4/524.

¹³⁷ MD 21/543.

¹³⁸ Cf. MD 21-22/544-545.

¹³⁹ MD 38/562.

¹⁴⁰ MD 66-67/588.

¹⁴¹ MD 19/541.

¹⁴² MD 19/541-542.

¹⁴³ MD 20/542.

noticias de los tiempos y las cosas .¹⁴⁴ » A modo de ejemplos de tal arqueologismo, afirma que «sería desviarse del camino recto querer devolver al altar su forma primitiva de mesa, querer suprimir radicalmente el negro de los colores litúrgicos, excluir de los templos las imágenes sagradas y las estatuas, representar al divino Redentor en la cruz de tal manera que no se vean los agudos sufrimientos que padeció... », y otras más ^{ore}¹⁴⁵; condena además el rechazo de los nuevos ritos litúrgicos establecidos bajo la inspiración del Espíritu Santo, el retorno a formas conciliares anteriores acompañado del rechazo de afirmaciones más recientes, así como el rechazo de nuevas normas canónicas para volver a fuentes más antiguas .¹⁴⁶

¿Se aplica esto también a quienes defienden el rito romano clásico, porque quieren «revivir ritos obsoletos ^s¹⁴⁷»? Ciertamente no: se basan, en efecto, en un principio que el propio Pío XII subraya: la salvaguarda de «la integridad sustancial 148», que la arbitrariedad del presente no perdona. Este principio justifica, en particular, las razones que aducen para dar preferencia a la lengua latina y que son idénticas a las del Papa. En efecto, el latín es apreciado no solo como «un signo de unidad manifiesto y resplandeciente», sino también, y sobre todo, como «una protección eficaz contra cualquier corrupción de la doctrina original .¹⁴⁹»

A diferencia de los graves errores que se observan hoy en día, Pío XII aún podía decir, refiriéndose a numerosos errores de su época, que eran «sutil s¹⁵⁰»; no obstante, consideraba «indispensabl e¹⁵¹» que los obispos mostraran vigilancia frente al enemigo que siembra la zizania entre el buen grano. Además de los errores ya citados, menciona brevemente, también aquí, el «peligroso “humanismo” que seduce las almas, así como un “nocivo «quietismo» y un «falso «misticismo» e ¹⁵²». Aludiendo a la teología de los misterios, reprende a los autores —y en particular a Odón Casel con su teoría del misterio del culto— que «se atreven

¹⁴⁴ MD 545.

¹⁴⁵ MD 23/545.

¹⁴⁶ Véase MD 23-24/546.

¹⁴⁷ MD 22/544.

¹⁴⁸ MD 19/541.

¹⁴⁹ MD 22/545.

¹⁵⁰ MD 69/593.

¹⁵¹ MD *ibid.*

¹⁵² *Ibid.*

«afirmar que no hay que ocuparse del Cristo histórico, sino del Cristo “pneumático y glorificado ”.153»

Por el contrario, el Papa presenta el año litúrgico como una ocasión para vivir los misterios de Cristo como «constantemente presentes» y eficaces.¹⁵⁴ Al ciclo del año del Señor se suman las fiestas de María y de los demás santos. Conviene imitar a estos santos —en su multiplicidad— tal como ellos imitaron a Cristo y tal como amaron a Dios y al prójimo; otra razón para recordarlos es «implorar su auxilio. 155» Esto vale en particular para María, «pues su vida está estrechamente ligada a los misterios de Cristo . 156»

Por lo tanto, en contra de lo que afirma un arcaísmo iconoclasta, las representaciones pictóricas deben tener siempre su lugar en las iglesias, y el Papa incluye aquí el arte contemporáneo, siempre que este busque servir «las exigencias de la comunidad cristiana. » Se trata de encontrar el justo equilibrio entre «los excesos del “realismo” y los del “simbolismo »¹⁵⁷. En este punto, y contrariamente a la autonomía que se concede hoy en día al artista, el Papa atribuye a los obispos la competencia de «iluminar y orientar la inspiración de los artistas »¹⁵⁸.

En lo que respecta a la arquitectura, la música y las demás artes, la postura del Papa se caracteriza también por la multiplicidad de formas y la apertura a las nuevas creaciones, pero con un firme apego a todo lo que constituye lo esencial .¹⁵⁹

Por lo tanto, hay que someter a examen a toda persona que influya u oriente la postura de los fieles. Esto se aplica en particular, por ejemplo, a quienes dirigen ejercicios espirituales. Deben animar a los fieles a participar en el culto y a practicar la adoración. «Si, por el contrario, llegaran a poner obstáculos o se mostraran contrarios a los principios y normas del culto divino, entonces, sin duda alguna, habría que considerarlos como personas que no están inspiradas ni guiadas por un consejo sabio o por un celo ilustrado. 160»

¹⁵³ MD 55/579. Una carta explicativa publicada por el Santo Oficio en 1948 precisa que se trata de aquellos «que enseñan que, en la adoración litúrgica, los misterios no son históricos, sino que están presentes de manera misteriosa y sacramental, y sin embargo real». Citado según DH, nota 1, p.

¹⁵⁴ MD 56/580.

¹⁵⁵ MD 57-58/581-582.

¹⁵⁶ MD 58/582.

¹⁵⁷ MD 66/590.

¹⁵⁸ MD 66-67/591. Así, las artes deben considerarse «muy nobles servidoras del culto divino» (*ibíd.*).

¹⁵⁹ Véase MD 65-67/588 y ss.

¹⁶⁰ MD 62/586.

Todo ello muestra hasta qué punto el Papa concede gran importancia a que los fieles sean conducidos a una

«*actuosa participatio*. 161» Pero a esta participación le da un sentido más profundo del que suele tener hoy en día. Por supuesto, él también considera impropio que «el pueblo responda solo con un murmullo leve e imperceptible a las oraciones comunes recitadas en latín y en lengua vulgar . 162». Pero, para él, este concepto de participación se presenta en un contexto diferente. Pío XII recuerda la voluntad de Cristo: «Él quiso, sin embargo, que, para obtener los frutos salvíficos producidos por él en la cruz, todos fueran conducidos y llevados a su cruz principalmente por los sacramentos y por el sacrificio eucarístico. En esta participación actual y personal (*actuosa singulorum participatione*)..., los miembros adquieren cada día una mayor semejanza con su divino Jefe f.163»

4. La acogida de la encíclica después de 1947

4.1 Lo que hizo Pío XII después de 1947

Al año siguiente a la publicación de la encíclica se creó en Roma una «comisión pontificia para la reforma de la liturgia». Su cometido era plasmar en hechos las intenciones de la encíclica, lo que se llevó a cabo, en los años siguientes, mediante una serie de medidas específicas. Dogmáticamente, y el Papa veló por ello, los cambios introducidos fueron sin duda irreprochables; litúrgica y pastoralmente, fueron también, en gran medida, sensatas y útiles. No obstante, no se puede ignorar que las propuestas de cambio fueron presentadas en Roma por obispos partidarios de las reformas y que fueron tratadas, en algunos casos, por personas que o bien simpatizaban con dichas reformas, o bien se dejaron impresionar por la competencia de ciertos expertos . 164

Para numerosos sacramentos, el uso de la lengua vernácula fue ampliamente autorizado en muchos países, entre ellos Francia y Alemania en particular. Tras algunas autorizaciones aisladas concedidas en 1951, la reforma de la Semana Santa comenzó a prepararse sistemáticamente a partir de 1953, antes de ser decretada en 1955. El ayuno eucarístico se redujo en 1953. En 1955, se simplificaron las rúbricas del misal, por ejemplo, dando a menudo prioridad al ciclo anual

¹⁶¹ MD p. 67. Menciona en particular a los monaguillos. Estos deben ser elegidos «de todas las clases sociales... incluso de condición y cultura más elevadas» y «ser instruidos como conviene y formados». Así, «esto favorecería entre ellos el surgimiento de nuevas vocaciones al sacerdocio» (MD 68/592).

¹⁶² MD 65/589, citando a Pío XI en *Divini Cultus*.

¹⁶³ MD 28-29/551.

¹⁶⁴ Cf. JUNGSMANN, en: *LThK* 12, p. 12

sobre las fiestas de los santos. Además, se concedieron facilidades para la celebración de la misa por la tarde y por la noche .¹⁶⁵

Cabe señalar, sin embargo, que, en los años 50, las declaraciones del Papa sobre cuestiones litúrgicas están marcadas en gran medida por restricciones, llamadas al orden y advertencias. Esto se aplica en particular a los deseos expresados a favor de la concelebración, de los que no es necesario volver a hablar aquí, ya que, el año pasado, Mons. Schmitz los evocó con más detalle¹⁶⁶; esto se aplica también a la encíclica *Musicae sacrae disciplina* de 1955, a propósito de la cual, Por ejemplo, Jungmann lamenta «las influencias... retrasadoras»^{s167} ; y esto es especialmente especialmente para los discursos dirigidos a los obispos por el Papa con motivo de la canonización de Pío X en 1954.

En su calidad de *magister*, el Papa exhorta a los obispos a velar por que, en la Iglesia, no se enseñe en nombre propio o en virtud de la ciencia teológica, sino en virtud de la misión conferida por el magisterio .¹⁶⁸ Para él, una vigilancia adecuada es radicalmente diferente de la desconfianza o de las sospechas infundadas, pero hay ciertas personas que, precisamente, absolutizan sus propios pensamientos así como las reglas de las ciencias no teológicas. No puede haber una teología autónoma con respecto al magisterio .¹⁶⁹

En su calidad de sacerdote, el Papa recuerda a los obispos que el sacerdocio tiene su fundamento en la nueva alianza, «*cuius praecipua potestas et muneris functio est offere unicum et celsissimum sacrificium*», que Cristo «*cruento modo in cruce obtulit et incruento in Novissima Cena anticipavit, continenter iterari voluit*», pues lo ha hecho mandamiento .¹⁷⁰ Cristo no llamó al sacerdocio a todos los cristianos, sino solo a los apóstoles, y a ellos les dio el poder : «*Itaque sacerdos celebrans, personam Christi gerens, sacrificat, isque solus; non populus, non clerici, ne sacerdotes... qui... inserviunt* .¹⁷¹». Él reprende a quienes siguen queriendo atribuir a todos una «*sacrificandi potestatem*». Por mucho que podamos congratularnos por los institutos y congresos litúrgicos, sus conclusiones no dejan de estar, también ellas, sometidas al juicio del magisterio. Según el CIC, es competencia exclusiva de la Santa Sede ordenar la liturgia y aprobar los libros de

¹⁶⁵ Cf. JUNGSMANN, *op. cit.*

¹⁶⁶ Cf. *La Liturgia, Tesoro de la Iglesia*, pp. 121 y ss.

¹⁶⁷ En: *LThK* 12, p. 11. Jungmann señala, por otra parte, que, incluso antes del concilio, una fuerte oposición a ciertas innovaciones provenía —por ejemplo, en los congresos *litúrgicos*— de los músicos religiosos.

¹⁶⁸ Véase *AAS* 1954, pp. 314-315.

¹⁶⁹ Cf. *op. cit.*, pp. 316-317, donde se remite al lector a *Humani Generis* y a 2 Tim 4,3-4.

¹⁷⁰ *AAS* 1954, p. 667.

¹⁷¹ *AAS* 1954, p. 668.

liturgia.¹⁷²

Por último, el Papa se dirige a los obispos en su calidad de *pastor*. Sabe que, en la época moderna, los hombres quieren ser adultos y no aceptan ninguna autoridad entre Dios y ellos. Sin embargo, dirigir adecuadamente a los hombres no es imponer una tutela a los niños, sino guiar a los adultos hacia el objetivo de la sociedad que ellos mismos constituyen. Dios instituyó a los pastores de la Iglesia no como una carga, sino para el bien de las almas; al apartarlas de los errores y los vicios, las conducirán a la verdadera libertad, y por lo tanto sería ir en contra de la sabiduría y del amor negarles esta asistencia.¹⁷³ Para que el ejercicio de su ministerio sea fructífero, es necesario, en particular, que los obispos mantengan relaciones entre ellos, para que los fieles no se sorprendan de que cosas idénticas sean objeto de regulaciones diferentes en diócesis vecinas. Por ello, Pío XII recomienda que los obispos se reúnan en concilios provinciales o plenarios.¹⁷⁴ Para él, el conformismo que tiende a ceder a las aspiraciones del espíritu de la época no es motivo de preocupación, siempre que se mantenga una relación frecuente y viva con la Sede Apostólica en los ámbitos de la doctrina, la moral y la disciplina.¹⁷⁵

Los papas no hablan en nombre propio, sino en virtud de la autoridad inherente a su función; no pretenden imponer uniformidad y conformidad en todas las cosas, sino que actúan por derecho divino y de conformidad con la constitución de la Iglesia de Cristo. En la medida en que permanecen vinculados a la Sede Apostólica, los obispos reciben luz y certeza sobre los puntos controvertidos, asistencia en caso de dificultad y consuelo en caso de angustia. Por otra parte, el Papa puede reconocer mejor y más rápidamente los males que amenazan a la Iglesia, y también puede aplicar mejor y más rápidamente los remedios que se imponen.¹⁷⁶

4.2 La acción de los «reformadores» después de 1947

En su comentario sobre la *Constitución sobre la liturgia*, publicado en 1966, Jungmann afirma que, en la encíclica *Mediator Dei*, «Pío XII se pronunció definitivamente a favor de la renovación litúrgica.¹⁷⁷». Sin embargo, como hemos visto, el texto de la encíclica no permite en absoluto hablar de «reforma» en el sentido en que este término se aplicó posteriormente. De hecho, como

¹⁷² Cf. *ibid.*, pp. 668 y ss.

¹⁷³ Véase *ibid.*, pp. 668 y ss.

¹⁷⁴ Véase *ibid.*, pp. 675-676.

¹⁷⁵ Véase *ibid.*, p. 676.

¹⁷⁶ Véase *ibid.*, p. 676.

¹⁷⁷ En: *LThK* 12, p. 11.

Como muy acertadamente escribe, en mi opinión, el abad Martimort a propósito de Lambert Beauduin: «Las advertencias de la encíclica [no] lo amedrentaban .178»

Sea como fuere, después de 1947 se reforzaron las estructuras y los contactos internacionales de los partidarios de una reforma. Ya al año siguiente de la publicación de la encíclica se fundó el Instituto Litúrgico de Tréveris; en 1956, en Francia, el Instituto Superior de Liturgia de París se sumó al CPL. Se organizaron congresos litúrgicos, en los que participaban representantes de varios países, en diferentes naciones, entre otros las «Semanas de estudios litúrgicos» en Luxemburgo. Otros países más, no ribereños del Rin, se sumaron al movimiento: así, los Estados Unidos e Italia ¹⁷⁹, hasta el congreso de pastoral litúrgica de Asís de 1956, «cuya organización fue alentada por la Congregación de los Ritos s180» y al que el papa Pío XII dirigió, por otra parte, un discurso dedicado, en particular, al tema de la concelebración.¹⁸¹ Jungmann señala con satisfacción la participación de numerosos obispos de diversos países: esto indica, para él, «hasta qué punto se ha extendido el movimiento por todo el mundo , p. 182». Nada menos que cuatro años después, esos contactos iban a adquirir una importancia decisiva durante la fase preparatoria del concilio , p. 183

En cuanto a Asís, Jungmann destaca «el sentido pastoral en el que se basan los esfuerzos de renove u.¹⁸⁴». Se ve, pues, que, para muchos, la reforma de la liturgia se consideraba más bien una herramienta de la pastoral. Como ya hemos dicho, en ello se puede ver un paso hacia un giro antropocéntrico.

En cuanto a la acogida de la encíclica, así como a los temas planteados por los «reformadores», citaremos a modo de ejemplo un estudio publicado en 1960 por Emil Joseph Lengeling.¹⁸⁵ Se encuentra en la obra: *Unser Gottesdienst*, que lleva como subtítulo: «Reflexiones y sugerencias —Documento de trabajo publicado bajo la dirección de Alfons Kirchgässner en nombre de la Comisión Litúrgica de los países de lengua alemana .186» En este sentido, se puede

¹⁷⁸ «Nuestro padre Dom Lambert Beauduin», A.G. MARTIMORT en *Les Questions liturgiques et paroissiales*, septiembre de 1959.

¹⁷⁹ «El Movimiento litúrgico en Italia», Rinaldo FALSINI, *La Maison-Dieu* n.º 74, 1963, y «El Movimiento litúrgico en los Estados Unidos», Jean DANIELOU, *La Maison-Dieu* n.º 25, 1951.

¹⁸⁰ JUNGSMANN, en: *LThK* 12, p. 11.

¹⁸¹ Véase la ponencia de Mons. Schmitz, *op. cit.*, p. 130.

¹⁸² En: *LThK* 12, p. 11.

¹⁸³ Véase *ibid.*, pp. 10 y ss.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 11.

¹⁸⁵ Sobre este autor, véase la ponencia del Prof. Wolfgang WALDSTEIN en el simposio del año pasado, titulada: «El Movimiento litúrgico de Dom Guéranger en vísperas del Concilio Vaticano I», en: *La Liturgia - Tesoro de la Iglesia*, p. 177.

¹⁸⁶ Friburgo de Brisgovia, 1960.

considerar esta obra como el complemento del libro de Nagel sobre la reforma de la misa .¹⁸⁷ Este estudio apareció tras la muerte de Pío XII, cuando su sucesor ya había anunciado la convocatoria de un concilio e indicado que quería basar su pontificado menos en condenas que en el afecto del corazón.

El estudio de Lengeling se titula: *Überwundenen in der Meßerklärung* y es, al parecer, una crítica al *Catecismo unitario* utilizado en Alemania entre 1925 y 1955, sustituido en 1955 por un *Nuevo Catecismo* .¹⁸⁸ Así, Lengeling critica una obra que ha sido sustituida por los obispos y, en este marco, puede decir muchas cosas que, en otro contexto, resultarían chocantes o no habrían quedado sin consecuencias.

En 1960, Lengeling no podía criticar la encíclica *Mediator Dei*; sin embargo, muchas de las críticas que dirige al antiguo catecismo podrían aplicarse igualmente, desde la perspectiva de Lengeling, a *Mediator Dei*. Dice, por ejemplo: «Quien se aparta de la revelación católica (universal), no es solo quien niega una verdad revelada, sino también quien descuida aspectos ciertamente atestiguados en la Sagrada Escritura y desarrollados en la Tradición, y quien se limita a definiciones solemnes de la fe que, en la defensa contra las doctrinas heréticas, hacen hincapié en elementos aislados sin pretender describir el todo .¹⁸⁹

Así, Lengeling reprocha al antiguo catecismo que se centre casi exclusivamente en la presencia eucarística de Cristo y que apenas mencione otros «modos —también “reales”— de presencia de Cristo». Para justificar su postura, Lengeling cita *Mediator Dei*, pero de una manera notable: «No hay ni una palabra sobre la presencia de Cristo —sin embargo importante para comprender plenamente el culto divino en toda acción litúrgica... en el santo sacrificio del altar... en la persona de su ministro..., en los sacramentos..., en las alabanzas y oraciones dirigidas a Dios, según la palabra de Cristo: “Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20).¹⁹⁰

Se ve, pues, que aquí Lengeling se abstiene de mencionar la presencia «*sub Eucharisticis speciebus*» que Pío XII subraya, sin embargo, con un «*tum maxime*» —y esto, en su caso, puede entenderse teniendo en cuenta el contexto en el que escribe Lengeling—, pero además omite

¹⁸⁷ Como hemos señalado, a él se le atribuye la publicación de la carta de Romano Guardini a Mons. Stohr en 1940 (*ibid.*, pp. 3 y ss.).

¹⁸⁸ Este, de hecho, no iba a sobrevivir mucho tiempo a pesar de los elogios tácticos que le dirige Lengeling. No se volvió a utilizar tras el concilio, aunque sigue constituyendo, por ejemplo, la base de la catequesis de la comunidad de la Fraternidad San Pedro establecida en Salzburgo.

¹⁸⁹ LENGELING, en: *Überwundenen in der Meßerklärung*, pp. 24-25.

¹⁹⁰ LENGELING, *op. cit.*, p. 25, citando MD 8/528. Los puntos de suspensión son de Lengeling.

la cita relativa a los sacramentos: «*praesens adest in sacramentis*» sin mencionar el «*virtute sua*», específicamente católico, que le sigue inmediatamente y, a propósito de la presencia, cita el «*in Deo admotis laudibus*» omitiendo el «*denique*» que lo precisa .¹⁹¹

«Se buscaría en vano —continúa Lengeling— algo más sobre la presencia de Cristo en la palabra de la Escritura». A este respecto, Lengeling no puede citar *Mediator Dei*, ya que este punto también está «ausente» en ella. En cambio, se mencionará en la *Constitución sobre la liturgia* y, como señala Jungmann, se presentará «en un espíritu ecuménico . 192»

Sin duda, no carecería de interés analizar las demás críticas de Lengeling, presentadas bajo los títulos: «Verdades aisladas s193» y «Expresiones y giros que suscitan reservas s194», ya que anticipan ciertas orientaciones de la «reforma»; sin embargo, me limitaré a señalar lo que Lengeling considera oportuno citar a propósito de *Mediator Dei*: «La verdad según la cual el sacrificio de Cristo es ofrecido no solo por toda la Iglesia, sino también por ella»; y, más adelante: «la participación de los fieles en el sacrificio en la medida en que participan del santo sacerdocio», o también: «el derecho y el deber de participación activa, incluida la comunión».

¹⁹¹ Cf. MD 8/528 y *Lengeling*, op. cit., p. 25, así como la presente exposición.

¹⁹² Véase SC 7 y el comentario de JUNGSMANN en *LThK* 12, p. 21. Lengeling añade además: «La presencia de las acciones salvíficas de Cristo en el año litúrgico que, según *Mediator Dei*, “es el mismo Cristo que persevera en su Iglesia”» (LENGELING, *ibid.*, p. 25, citando MD 56/580). Sin embargo, la expresión «el año litúrgico que, según *Mediator Dei*, es Cristo mismo» no se ajusta ni al texto latino ni al pensamiento del Papa. Este dice más exactamente que el año litúrgico no es «un simple y puro recuerdo de cosas de una época pasada». A continuación, inicia una nueva frase: «*Sed potius est Christus ipse, qui in sua Ecclesia perseverat.* » Es erróneo querer deducir de ello una presencia «real» particular de Cristo en el año litúrgico que se pudiera equiparar, por ejemplo, a la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Lo que el Papa quiere evocar aquí, como tantas veces en su encíclica, es la presencia del Jefe en su Cuerpo místico, la Iglesia. En Lengeling no se encuentra ninguna referencia explícita a esta doctrina bíblica, sin embargo esencial. En cambio, en su encíclica, Pío XII no deja de recordar claramente que se trata del mismo y único Cristo que triunfa en los cielos, que está presente en el sacramento del altar y que es la Cabeza de su Cuerpo místico, la Iglesia (cf. MD 46/570). Querer añadir algo a esto es caer bajo la condena pronunciada por el Papa contra toda «materia incierta, bastante oscura y poco comprensible de la que hablan algunos escritores recientes» (MD 56/580).

¹⁹³ En ella se encuentran, en particular, en lo que respecta a la misa, la transubstanciación «de la que se habla casi exclusivamente», la comunión con su «chantaje sentimental», el «ascetismo» y «actos aislados que difícilmente se pueden realizar», los nombres de las partes principales de la misa, así como el término «preparación» dado a la celebración de la Palabra, etc. (*ibid.*, p. 29).

¹⁹⁴ Cabe citar, en particular, el concepto de «renovación» del sacrificio de la Cruz y, en cuanto a la comunión, la forma de hablar «anteriormente casi exclusivamente personal (Cristo, el Salvador, Dios recibido)» en lugar de hablar de «dones» u «ofrendas». Los conceptos de «transubstanciación», de «poder sacerdotal», de «descenso de Cristo al altar», y muchos otros son, para Lengeling, discutibles; por supuesto, también cita ciertas fórmulas rechazadas con razón por ser excesivas (*ibid.*, pp. 32 y ss.). Llega incluso a criticar el *Nuevo Catecismo* por su declaración sobre la misa (cf. *ibid.*, p. 28). «Este ofrece, sin embargo, una buena base de partida —a la espera de algo mejor— para una concepción global de la Eucaristía» (*ibid.*, p. 28). Para Lengeling, la misa no «implica», entre otras cosas, «una proclamación llena de realidades», «una comida comunitaria para los fieles», etc., sino que «es» todo eso (*ibid.*, p. 27).

4.3 La encíclica en los textos del Concilio

En 1960, la *Commissio praeparatoria* encargada de tratar la liturgia en el concilio aún no contaba con obispos franceses y alemanes; pero estos fueron nombrados pronto y, con ellos, los liturgistas Martimort, de París, y Johannes Wagner, de Tréveris.¹⁹⁵ En su prólogo al comentario sobre la *Constitución sobre la liturgia* de Jungmann, Wagner confirma: «Durante la preparación y las discusiones del esquema... había en Roma un círculo de expertos procedentes de la zona germanoparlante, miembros de comisiones e institutos litúrgicos de Alemania, Austria y Suiza que, gracias a sus estrechas relaciones, estaban al corriente de cada fase del desarrollo de esta constitución.¹⁹⁶ ». Es Jungmann, «el mayor» de este círculo, quien es autor del comentario que se encuentra en el *Lexicon für Theologie und Kirche* y quien, además del comentario más ampliamente difundido de Rahner y Vorgrimmler en su *Kleines Konzilkompendium* 197, ha fijado la imagen de la *Constitución conciliar* en los países germanoparlantes. Pero el texto de Jungmann es mucho más extenso —y, por lo tanto, su materia es más amplia—, pero también, en general, más objetivo que el de Rahner y Vorgrimmler, que contiene elementos polémicos virulentos.¹⁹⁸

Estos comentarios contienen también numerosas referencias a *Mediator Dei*, a la que remite varias veces la *Constitución sobre la liturgia*.

Sin embargo, a diferencia del procedimiento seguido para otros documentos conciliares, la encíclica no se menciona en las notas oficiales. Por lo tanto, es imposible elaborar una lista completa de las citas y alusiones a *Mediator Dei* en la *Constitución conciliar*, ya que numerosas fórmulas del texto del concilio la retoman en un sentido muy amplio que no siempre es posible encontrar en *Mediator Dei*. Lo que se retoma claramente de *Mediator Dei* son los modos de presencia de Cristo en la Santa Misa, de los que ya he hablado al referirme a Lengeling; dicho esto, como hemos visto, no solo se añadió, «en un espíritu ecuménico», una referencia a su presencia en la palabra de la Escritura, sino también, y en el

¹⁹⁵ Cf. MAY: *Die alte und die neue Messe*, pp. 5 y ss.; se encontrarán referencias bibliográficas, en particular, en la nota 8 de la p. 5.

¹⁹⁶ WAGNER en *LThK* 12, p. 10. En: *Die alte und neue Messe*, MAY también habla (p. 27) de «la influencia determinante, durante los trabajos de los padres, del padre jesuita Jungmann y del teólogo suizo Küng en el sentido de los objetivos del ala reformista del concilio». » Sobre el papel de Karl Rahner, véase su reveladora correspondencia de la época del concilio en: *Karl Rahner verstehen. Eine Einführung in sein Leben und Denken*, de Herbert VORGRIMMLER (Friburgo de Brisgovia, 1985), pp. 171 y ss. Sobre los debates sobre la liturgia en el concilio, véase también Ralph WILTGEN: *Der Rhein fließt in den Tiber* (1988, Feldkirch), pp. 16 y ss., 67 y ss. y 141 y ss. [*El Rin desemboca en el Tiber*, Ed. du Cèdre, 1975].

197 Karl RAHNER / Hubert VORGRIMMLER: *Kleines Konzilkompendium*, Friburgo de Brisgovia 1966.

¹⁹⁸ Acusan, por ejemplo, a quienes prefieren la antigua liturgia de «incapacidad para comunicarse», de «presunción cultural» y de «comportamiento estéril frente a la historia». Son «personajes tragicómicos secundarios de la Iglesia, fracasados de la historia» (*ibid.*, p. 40).

En el mismo espíritu —es decir, más precisamente, para tener en cuenta las posiciones protestantes—, no se retomó, en relación con los sacramentos, la expresión «instrumentos de salvación» añadida por Pío XII. En vano, en la sala del concilio, algunos pidieron hasta la votación final «que se mantuviera una mayor fidelidad al texto del papa». La resistencia provenía «sobre todo de la inquietud de ver mermada la fe en la presencia eucarística .¹⁹⁹»

Como demuestra este ejemplo, y además de ciertas referencias unánimes que el concilio hace a ella

—pues las hubo, por supuesto—, se pueden agrupar las referencias a *Mediator Dei* y a Pío XII en dos categorías principales. O bien se trataba de paradigmas de la mayoría «reformista» presentados con palabras de Pío XII: en ese caso, estaban bien establecidos y a salvo de la crítica de la minoría «conservadora». O bien, cuando precisamente esta minoría expresaba fuertes reservas respecto a las nuevas fórmulas, se adoptaban, tras discusiones a veces acaloradas, fórmulas de Pío XII que aseguraban y relativizaban la situación.

A esta última categoría pertenece, por ejemplo, el pasaje de *Sacrosanctum Concilium* que recuerda que «la misa conserva siempre [...] su carácter público y social e²⁰⁰» y que se añadió porque algunos padres conciliares temían «que al insistir en el carácter comunitario de la misa se llegara a rechazar la misa privada .²⁰¹»

Cuando la *Constitución sobre la liturgia* elogia expresamente el oficio divino, lo menos que se puede decir es que eso no va en la línea de las ideas de Jungmann, el comentarista. Este es, en efecto, partidario de las posibilidades que prevé el texto de reducir la recita óⁿ ²⁰², y habla, por tanto, negativamente de las «frases panegíricas extraídas de *Mediator Dei*» en gloria de dicho oficio. óⁿ ²⁰³

Se ve, pues, que, como ya ha mostrado el ejemplo de las diferentes formas de presencia de Cristo, las citas de *Mediator Dei* van acompañadas de supresiones o añadidos que modifican su sentido. Así, la referencia a las lenguas vulgares, muy bien acogida por la mayoría del concilio, dice, en el original de *Mediator Dei*: «*In non paucis tamen ritibus vulgati sermonis usurpatio valde utilis apud populum existere potest, nihilominus..* .²⁰⁴» y esta frase va seguida inmediatamente, entre otras cosas, de una advertencia restrictiva sobre la competencia de la Santa Sede. En el texto conciliar, el

¹⁹⁹ JUNGSMANN en: *LThK* 12, p. 21.

²⁰⁰ Cf. SC 27 y MD 34/557.

²⁰¹ JUNGSMANN en: *LThK* 12, p. 36.

²⁰² Cf. *ibid.*, p. 85.

²⁰³ *Ibid.*, p. 85.

²⁰⁴ «Sin embargo, en muchos ritos, el uso de la lengua vernácula puede resultar muy beneficioso para el pueblo; pero...» MD 22/545.

El ámbito de aplicación se amplía considerablemente y el contenido se presenta en forma afirmativa:

«*Cum tamen, sive in missa, sive in sacramentorum administratione, sive in aliis liturgiae partibus, haud raro linguae vernaculae usurpatio valde utilis apud populum existere possit, amplior locus ipsi tribui valeat, imprimis... 205*»

En cuanto a la participación de los fieles en el sacrificio, se cita *Mediator Dei* con una omisión característica. En *Mediator Dei*, Pío XII dice: «*Christifideles suo modo duplicique ratione participant: quia nempe non tantum per sacerdotis manus, sed etiam uno cum ipso quodammodo sacrificium offerunt*». ²⁰⁶ En la *Constitución sobre la liturgia* se lee que los fieles deberían «*non tantum per sacerdotis manus sed etiam una cum ipso offerentes, seipso offerere discant...*». La restricción que aporta el «*quodammodo*» —«a su manera»— ha desaparecido de la citación.²⁰⁷

Por supuesto, los «reformadores» se felicitaron de que, junto con Benedicto XIV, Pío XII elogiara «la piedad de aquellos que, no solo desean alimentarse del pan celestial cuando asisten al sacrificio, sino que también desean recibir las hostias consagradas en ese mismo sacrificio .208»

La *Constitución sobre la liturgia* dice lo siguiente: «Se recomienda encarecidamente esta perfecta participación en la misa, que consiste en que los fieles, tras la comunión del sacerdote, reciban el cuerpo del Señor en el mismo sacrificio...²⁰⁹». Pero, en Pío XII, no se habla de una «*perfectior participatio*»; de hecho, subraya que al recibir las hostias consagradas previamente, también se participa, verdadera y realmente, en el sacrificio.

Sobre este punto, incluso Rahner y Vorgrimmler mencionan la encíclica, precisando que «es un deseo de la encíclica *Mediator Dei*, reiterado con insistencia, y que, ecuménicamente, reviste también gran importancia .²¹⁰ ». Interpretan, pues, erróneamente estas afirmaciones de la encíclica como un vínculo con la concepción protestante de la presencia de Cristo, aunque restringida en el tiempo .²¹¹

En su comentario, Jungmann se esfuerza por demostrar que se habían sentado importantes bases

205 «Sin embargo, ya sea en la misa, en la administración de los sacramentos o en otras partes de la liturgia, el uso de la lengua del país puede ser a menudo muy útil para el pueblo: por lo tanto, se le podrá conceder un lugar más amplio, sobre todo...» (SC 36 § 2).

²⁰⁶ MD 33/555-556.

²⁰⁷ SC 48. También en este caso, la cita del «*sed etiam*» sirvió para acallar las reservas de algunos padres que solo querían hablar de una presentación de las ofrendas «por» el sacerdote (JUNGMANN, op. cit., p. 52 y nota 8).

²⁰⁸ MD 40-41/564 ss.

²⁰⁹ SC 55.

²¹⁰ RAHNER/VORGRIMMLER, op. cit., p. 44.

²¹¹ En la línea de lo anterior, muestran comprensión por el hecho de que el concilio, «al querer asegurar una transición continua [¿hacia dónde? W.G.] no pudo abordar el estudio de otras cuestiones pendientes —por ejemplo, dar a la celebración de la Eucaristía la forma de una verdadera comida, sin abandonar por completo la representación estilizada, pero tampoco sin exagerar lo sacro y lo artístico» (*ibid.*, p. 44).

ya se habían planteado bajo el pontificado de Pío XII, en los años posteriores a la publicación de *Mediator Dei*. En cuanto a la participación de los fieles ^{s212}, señala, por ejemplo: «Tras siglos de liturgia puramente clerical, la participación del pueblo no volvió a contemplarse expresamente en un texto litúrgico hasta *el Ordo sabbati sancti* de 1951.²¹³». En cuanto al «rechazo de todo intento de europeización ^{on214}», remite a ciertos pasajes de la encíclica *Summi Pontificatus* de Pío X II.²¹⁵ En cuanto a la concelebración ²¹⁶, puede referirse a la declaración del Santo Oficio de mayo 1957²¹⁷, pero añade: «Ya antes del concilio, era evidente que no se trataba —como era normalmente el caso en la ordenación sacerdotal— de que todos pronunciaran de rodillas, antes del ofertorio, las diferentes oraciones con el celebrante principal .²¹⁸

Cuando le parece oportuno, Jungmann señala una contradicción entre Pío XII y sus congregaciones. En relación con el artículo 128 de SC, señala que la evolución que condujo al altar sacramental alcanzó su punto culminante en el decreto de la Congregación de Ritos del 1 de junio de 1957, mientras que, aún en 1956, Pío XII se había pronunciado a favor de diferentes soluciones. Así pues, la Instrucción de 1964 «restablecía la libertad anterior .²¹⁹

Por supuesto, Jungmann no deja de mencionar los elogios dirigidos por el Papa al congreso litúrgico de Asís de 1956, y que son citados por *Sacrosanctum Concilium* 43. Pero lo que se ignoraba en aquella época es que numerosos participantes en dicho congreso ya tenían en mente la reforma del *Ordo missae*. El propio Jungmann lo reconoce cuando se refiere al artículo 50 de *Sacrosanctum Concilium*: «Se puede decir que, entre las disposiciones de la reforma, es el artículo más importante de toda la constitución. *El Ordo missae* es toda la estructura inmutable de la misa. Huelga decir que la comisión preparatoria tenía ideas muy precisas sobre la reforma a la que había que aspirar. Durante la década que precedió al concilio, la mayor parte de las reuniones de estudio a las que me he referido anteriormente versaban precisamente sobre la reforma del *Ordo missae*. »²²⁰

²¹² SC 31.

²¹³ JUNGSMANN, *op. cit.*, p. 38.

²¹⁴ JUNGSMANN, *ibid.*, p. 43, a propósito de SC 37.

²¹⁵ *Ibid.*, p. 43 y nota 31.

²¹⁶ SC 57-58.

²¹⁷ JUNGSMANN: *ibid.*, p. 60 y nota 22.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 61.

²¹⁹ JUNGSMANN: *ibid.*, pp. 104 y ss.; cita en la p. 106.

²²⁰ JUNGSMANN: *ibid.*, p. 53.

Por último, contrariamente a lo que da a entender Jungmaⁿⁿ²²¹, no existe continuidad entre las comisiones litúrgicas diocesanas mencionadas en el artículo 45 de *Sacrosanctum Concilium* y aquellas a las que se refiere *Mediator Dei*. El concilio establece expresamente como objetivo de estas comisiones favorecer el movimiento litúrgico como movimiento de reforma, mientras que, para Pío XII, el objetivo de tales comisiones es «promover el apostolado litúrgico... para que, gracias a vuestro cuidado vigilante [*es decir, el de los obispos*], todo se cumpla diligentemente según las prescripciones de la Sede Apostólica .²²² ». Por lo tanto, puede considerarse que sus objetivos respectivos son opuestos. Como hemos dicho, en otros documentos del concilio, las referencias a *Mediator Dei* se encuentran en las notas oficiales de los textos del concilio. Los criterios en función de los cuales se ha citado la encíclica deberían ser los mismos que en el caso de la *Constitución sobre la liturgia. Lumen gentium* cita con frecuencia *Mediator Dei*: cuando se habla, en LG 10, del «sacerdocio común de los fieles» y del «ministerio de servicio e»²²³, o también en el artículo siguiente, a propósito de la presentación de ofrendas por parte de los fieles^{e224} —dos temas, por tanto, que desempeñan un papel importante en la *Constitución sobre la liturgia*^{e225}

En cambio, en otros textos conciliares cuyos temas lo permitirían, *Mediator Dei* solo se cita de forma incidental²²⁶ o ni siquiera se cita expresa^{nt227}.

5. Una última observación sobre el papel de la encíclica en la Iglesia posconciliar

Es sabido que los liturgistas no tienen una apreciación unánime de la *Constitución conciliar sobre la liturgia*. Así, a propósito de su adopción, Lengeling habla de un gran día porque «se ha recogido una cosecha felizmente abundante, que ha madurado, bajo el soplo del Espíritu Santo, a lo largo de estas últimas décadas s228»; Vagaggini habla de un «gran paso adelante en la difícil reconquista de lo esencialmente cristiano , n. 229»; Jungmann señala: «En numerosas cuestiones, fue necesario

²²¹ «Ya Pío XII, en *Mediator Dei*, había deseado la creación de comisiones litúrgicas en las diferentes diócesis, tal y como se prevé en el artículo 45» (JUNGMANN: *ibíd.*, p. 48 y nota 37).

²²² Cf. SC 45 y MD 38/562.

²²³ Cf. LG 10 con su referencia a MD 555.

²²⁴ Cf. LG 11 con su referencia a MD 552 ss.

²²⁵ Pero también para la descripción del ministerio sacerdotal, en LG 28, notas 103 (MD 553) y 105 (MD 1.c, apartado 67).

²²⁶ El decreto sobre los obispos (art. 9, nota 9) remite a MD 521 y ss.; en el decreto sobre la formación de los sacerdotes (*Optatam totius*), el art. 8, nota 15, remite a MD 547 y ss. y 572-573.

²²⁷ No se encuentra nada, por ejemplo, en los decretos sobre los sacerdotes (*Presbyterorum ordinis*), sobre el ecumenismo, sobre las Iglesias orientales, ni tampoco en *Gaudium et spes*.

²²⁸ Citado en *LThK* 12, p. 13.

²²⁹ *Ibíd.*

«encontrar una línea media entre el ideal y la tradición, una línea que dependía del estado de las fuerzas rivales en cada momento y que no siempre es recta en el texto de la propia constitución», por ejemplo, en lo que respecta a la lengua vulgar o a los dos conceptos conjuntos de sacrificio y sacramento .²³⁰ Rahner y Vorgrimmler señalan: «Ahora que el trabajo litúrgico posconciliar ha avanzado decididamente, hoy [*en 1966 —W.G.*] es fácil demostrar que la exigencia de una lengua sacra misteriosa es absurda y que dicha lengua es un objeto de museo, contrario a la esencia comunicativa de la lengua. No hay que olvidar, pues, el carácter meritorio de este artículo [SC 36]. Sin duda, los problemas lingüísticos aún no están resueltos, ya que la simple traducción del texto litúrgico, anquilosado por los siglos, no ha hecho por el momento más que crear nuevas dificultades . 231»

Se podría continuar sin dificultad la lista de citas similares. Demuestran que, para algunos liturgistas o teólogos, ni siquiera los términos del concilio tienen autoridad propia, sino que, por retomar una expresión de Rahner, no son más que «el comienzo de un comienzo». ¿Cómo no considerarían superadas la encíclica *Mediator Dei* y, en gran medida, la dogmática que la sustenta, que ya apenas presentarían más que un interés histórico .²³² Quienes se apoyan en ellas y las aprueban deben esperar, como mínimo, ser tachados de «preconciliares», lo cual, como explicó el cardenal Ratzinger en su famoso discurso a los obispos chilenos de 1988²³³, ya debe considerarse un profundo error.

Sin duda sería útil realizar un estudio sobre la presencia de la encíclica en los documentos posconciliares del magisterio pontificio, repasando en particular la encíclica *Mysterium fidei* de Pablo VI (1965)²³⁴, la declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe *Sacerdotium ministeriale* de 1982²³⁵ o las cartas del Jueves Santo dirigidas a los sacerdotes por el Santo Padre.

²³⁰ JUNGSMANN: *LThK* 12, p. 13.

²³¹ RAHNER/VORGLIMMER, *op. cit.*, p. 42.

²³² NAGEL emplea incluso la expresión: «arqueologismo litúrgico» (*op. cit.*, p. 41); cf. también la nota «historicizante», *ibid.*, p. 41, nota 7. Se encuentra la misma línea de pensamiento en las obras publicadas bajo el título *Dialog der Kirchen* por Karl LEHMANN y autores protestantes. El titulado: *Lehrverurteilungen - kirchentrennend?* I, menciona el elogio que *Mediator Dei* dirige, como hemos visto anteriormente, a quienes desean comulgar con hostias consagradas durante la misma misa (*ibid.*, p. 110, nota 52). El volumen III de la serie: *Das Opfer Jesu Christi und seine Gegenwart in der Kirche*, publicado bajo la dirección de Karl LEHMANN y Edmund SCHLINK (Friburgo de Brisgovia, 1983) menciona en su conclusión «dos importantes “hitos” del nuevo pensamiento actual», a saber, *Mystici Corporis* (y, en este contexto y de manera accesoria, *Mediator Dei*), así como, curiosamente, la *Teología de la presencia de los misterios* de Odon CASEL, de la que *Mediator Dei* habla negativamente (*ibid.*, p. 230).

²³³ Reproducido en gran parte en la revista *Der Fels*, 12/1988, pp. 343-344.

²³⁴ Cf. p. ej. DH 4410 ss.

²³⁵ Véase DH 4720 y ss.

Sea como fuere, cabe lamentar la falta de referencias a la encíclica en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Sin duda, esta notable obra se inspira en gran medida en el espíritu de la encíclica. Pero esta solo se cita expresamente una vez, en relación con el sacerdocio:

«Es el mismo Sacerdote, Jesucristo, cuyo papel desempeña en verdad el ministro. Si, en verdad, este se asimila al Sumo Sacerdote, a causa de la consagración sacerdotal que ha recibido, goza del poder de actuar por la potencia del mismo Cristo a quien representa (*virtute ac persona ipsius Christi*).²³⁶» Por el contrario, no se encuentra en ella ninguna referencia directa a *Mediator Dei* en lo que respecta al sacrificio de la misa y a la liturgia, pero hay que decir que estas partes no se cuentan entre los puntos especialmente desarrollados de una obra de la que, por lo demás, no podemos sino felicitarnos.

En cuanto a la presencia de la encíclica *Mediator Dei* en las declaraciones del magisterio episcopal, lamentablemente no podemos sino sentirnos aún más decepcionados. Pero, afortunadamente, como muestra este coloquio, en los últimos tiempos comienzan a aparecer indicios de un cambio de tendencia. Concluiré, pues, expresando una esperanza —la misma que, retomando los términos de la liturgia, Pío XII expresaba en 1954.²³⁷ : «*nec pastori oboedientia gregis nec gregi desit cura pastoris*».

²³⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1548 – la referencia no precisa la página (MD 26/548).

²³⁷ En su alocución a los obispos, cf. *AAS* 1954, p. 677 – el texto es el de la ^{segunda} postcomunión de la misa pontifical: *Si diligis*.